

Universidad Icesi

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Ciencia Política y Psicología

Hacia una perspectiva diacrónica del proceso de construcción de sujeto político: reflexiones desde el relato de vida de un ex-militante del M-19

Santiago Arroyave Hernández

A00025660

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar a los títulos de Psicólogo y
Politólogo

Director: Omar Bravo

Santiago de Cali

2022



Imagen 1: pintura de Dylan titulada: "El Cultivo".

Tabla de contenido

Introducción.....	4
Estado del arte	8
Marco teórico.....	17
El relato de vida	24
Diseño metodológico.....	28
Dylan: relato de vida de un ex-militante del M-19.....	29
Análisis del relato de vida	36
I. Discurso en torno a la infancia y la educación: primeros años de vida y coyuntura del trauma	38
II. Discurso sobre el trabajo: desafiliación e inicio de la etapa laboral	51
III. Ideales de cambio social: entrada al M-19 y resignificación de la experiencia.....	67
IV. Pensamientos en torno a la desarticulación del M-19 y vida actual	84
Conclusiones: síntesis de la perspectiva diacrónica	95
Referencias bibliográficas	100

Introducción

A mis 18 años, empecé mi experiencia universitaria matriculándome en la carrera de Ciencia Política. Por un poco más de seis semestres, tuve la oportunidad de educarme en teoría social y técnicas de investigación que me permitieron acercarme a la realidad en que vivía desde una perspectiva cada vez más amplia y comprensiva. En la medida que incursionaba en los temas de estudio y mejoraba en mis capacidades analíticas, también empecé a ver un efecto reflejado en la forma de interpretar y elaborar las ideas y disposiciones que tenía sobre mi entorno próximo, y un cambio en las formas de relacionarme con el mundo. No obstante, siempre mantuve la intuición de que había algo faltante, expresado en un vacío en la forma de aproximarme a lo político.

Creo, al día de hoy, que esa intuición se refería a la observación en mi proceso de desarrollo educativo de una forma de analizar mucho más centrada en lo común que en lo individual, y, paralelamente, en la sensación de que, por más que desde distintas perspectivas sea posible observar tendencias en lo político, estas siempre se configuran desde el sujeto que, a la par que inscrito en lo social, se desenvuelve en su mundo también en soledad, en el continuo trámite de su historia, de su experiencia personal, que lo carga de diferenciación y sentido. Como un acto de lealtad a esa intuición, casi iniciando mi cuarto año de Universidad, decidí matricularme en Psicología.

Este trabajo, casi tres años después, es producto de la necesidad de indagar en el aprendizaje fundamental obtenido de la experiencia subsecuente a esa segunda decisión: *lo político es profundamente personal, y lo personal, en tanto diferenciado, es profundamente político*. Detrás de cada actor político hay una historia y detrás de cada acto un sustrato subjetivo construido en la experiencia.

El problema fundamental que plantea este pensamiento, es el de estudiar la acción política, que puede leerse en tendencias sociales e históricas, pero solo puede completarse en su comprensión desde la indagación en lo particular, que propone categorías exploratorias, en el diálogo constante y constitutivo entre el individuo y su entorno colectivo.

Naturalmente, existen muchas formas de asumir esa indagación, con distintos grados de aproximación a lo subjetivo. Este proyecto, nace de la oportunidad de poner en práctica una de ellas, el método de relato de vida, como reconstrucción situada y abstracta de un sujeto actualmente constituido, que permite la observación en retrospectiva de las vivencias que dieron lugar al conjunto de significados desde el cuál se expresa en lo político.

El sujeto en cuestión es un exmilitante del Movimiento 19 de Abril (M-19), que accedió a contarme su historia en una serie de conversaciones que tuvieron lugar a lo largo de varios meses, donde se fue construyendo una relación de confianza y trabajo. En el ejercicio de conocerlo, escuchar sus narraciones y posteriormente analizarlas, se elaboró un esquema comprensivo de los hitos y relaciones fundamentales en su proceso de construcción de sujeto político, expresados en los aspectos dominantes de su discurso. La finalidad fue, como se planteó en el diseño metodológico del trabajo y como se evidencia en las páginas siguientes, la construcción dialógica de una perspectiva diacrónica que diera cuenta del curso de constitución subjetivo.

Es decir, se persiguió una reconstrucción aproximada paso a paso de la vivencia que desembocó en la participación como militante del movimiento, así como en el lugar de afirmación del sujeto político que es hoy, expresado en sus formas de pensar, hablar y

actuar. Como tal, se intentó reconstruir un sujeto que en su experiencia se encuentra atravesado por distintas dinámicas sociales cargadas de significado, que se significa e identifica a partir de ellas a lo largo de su vida, y logra desplegarse en acción en búsqueda de un fin social colectivo.

Las conversaciones se realizaron en su lugar de residencia, en el barrio Brisas de Mayo, ubicado en la Comuna 20 o, como se conoce popularmente, Siloé. Este sector fue uno de los más influenciados por el M-19 en su auge, que llevaba a cabo distintas formas de trabajo social, tendientes sobre todo al mejoramiento de las condiciones de vida disminuidas por la carencia de necesidades básicas como las relativas a servicios públicos y la participación política. A partir de esa experiencia, se constituyó como uno de los bastiones representativos del movimiento, de donde se adhirieron muchos militantes, y donde se logró en cierta medida construir una identidad común que hoy en día todavía resuena en la memoria colectiva y los registros históricos.

Como se introdujo, el reto fundamental del análisis fue, si se quiere, epistemológico, en el esfuerzo por integrar dos áreas de conocimiento (ciencia política-psicología) tan cercanas como diversas, a fin de producir interpretaciones y reflexiones adecuadas al objetivo de la investigación. Por ello, fue necesario un desarrollo pausado y progresivo, que se llevó a cabo en distintas secciones.

En el estado del arte, se retoman algunas de las investigaciones más importantes realizadas con el método de relato de vida, que han buscado indagar en el proceso de construcción de sujeto político. Esto para contextualizar al lector e introducir el trabajo, a partir de un primer esbozo de conceptos y categorías analíticas relevantes.

En el marco teórico, principalmente desde los aportes de González Rey (Díaz Gómez, 2021a, 2021b, 2021c; 2017), se discuten los conceptos de subjetividad individual, subjetividad social y subjetividad política, como dimensiones de la subjetividad en su sentido amplio, entendida como una amalgama de significados y sentires indisociables, con un dominio inconsciente y, por ende, a veces impredecible, que permite el desenvolvimiento en el mundo. Subsecuentemente, se define la categoría de sujeto político como aquella que evidencia en la acción el contenido subjetivo relativo a las cuestiones del equilibrio de poderes, organizativas y éticas de la experiencia social. Adicionalmente, se introduce el concepto de socialización y se discuten algunos aspectos relevantes para el análisis.

Adherido a esta sección, se discuten también algunas nociones epistemológicas fundamentales del método de relato de vida o historia oral, desde las perspectivas etnosociológica y antropológica, a fin de enmarcar la forma de recolección de información que deviene en análisis en las secciones posteriores. A este respecto, es importante destacar la característica dialógica del método, que dispone una forma de indagación y construcción de conocimiento en interacción, donde ambas partes (investigador-sujeto) se encuentran en constante intercambio recíproco.

En lo que sigue se describe el diseño metodológico y se presenta al lector el relato de vida de Dylan, que es la base contextual para entender la sección siguiente, el análisis de la información. Esta última, como se verá, se desarrolló en forma retrospectiva a partir de la caracterización de las ideas y nociones políticas dominantes en el discurso, que se desarrollan e interpretan a partir de la reconstrucción de la experiencia personal. Finalmente, se discuten las conclusiones del proyecto.

La pregunta que se planteó como base del proceso investigativo fue: ¿cómo sucedió el proceso de construcción de sujeto político de un exmilitante del M-19? Los objetivos para responderla se propusieron de la siguiente manera:

Objetivo general:

- Construir mediante el análisis del relato de vida de un exmilitante del M-19 una perspectiva diacrónica que dé cuenta de su proceso de constitución de sujeto político.

Objetivos específicos:

- Reconstruir el relato de vida del sujeto en cuestión.
- Identificar los elementos (hechos, relaciones, situaciones) más significativos en la historia del sujeto, que marcaron su subjetividad política.
- Realizar un análisis, desde la psicología y la ciencia política, que brinde desde los elementos identificados aproximaciones al entendimiento de su proceso de construcción de sujeto político, y la relevancia de este para entender algunos fenómenos sociales relacionados.

Estado del arte

Varios estudios provenientes de distintas disciplinas han utilizado el relato de vida para aproximarse al estudio de la subjetividad política. Desde la perspectiva antropológica, Vargas, Gonzáles & Hernández (2009) se preguntan por la constitución identitaria de lideresas afrocolombianas, a partir de la indagación experiencial en los contextos, momentos clave, influencias personales, sentidos y prácticas. Con este propósito, logran

construir un marco analítico a partir de la definición de tres categorías fundamentales para la construcción del sujeto político: primera, el *conocimiento de la realidad social*, como agrupador de los acontecimientos detonantes que llevan a las personas a indagar sobre los fenómenos sociales y su participación en ellos, e involucra los procesos de percepción de la realidad y autopercepción. Segunda, *la toma de posición*, como la ubicación personal en el panorama de sucesos sociales asumida partir del conocimiento de la realidad. Y, tercera, *la acción política*.

Desde ahí, un primer hallazgo, es que para la constitución efectiva del sujeto político tiene que existir una doble posibilidad de; primero, reconocer las situaciones injustas y degradantes como fruto de la acción humana y no naturales de la sociedad; y, segundo, tomar una posición, donde se juegan los significados y valores, de capacidad de transformación de las condiciones adversas, que da paso a visiones esperanzadas y, consecuentemente, motiva la acción¹.

Lo que sugieren las autoras es que tiene que existir una reivindicación de la acción política desde la toma de posición. Y la caracterizan precisando que, a este respecto, se tiende a privilegiar categorías particulares. Para el caso de las mujeres de su estudio: la ciudadanía, lo afro y acepciones radicales de la democracia². Y, sobre ellas, se van añadiendo desde el accionar nuevas dimensiones de interés que complejizan el sujeto como, por ejemplo, la perspectiva de género.

¹ Un estudio de Granados, Alvarado & Cardona (2017) aborda esta capacidad de transformación positiva de las condiciones adversas con el concepto de *resiliencia*. Precisamente, como una forma de resistencia (que también tiene una dimensión comunitaria) desde la cual sucede un proceso de fortalecimiento y posicionamiento social a partir de circunstancias difíciles.

² En otros estudios con jóvenes se reconocen las categorías de política como cultura, la inclusión social, el respeto por los derechos humanos, la reivindicación de la democracia y el liderazgo, el rechazo a la corrupción, entre otras (Lozano & Alvarado, 2011).

Un segundo hallazgo parte del hecho que las historias colectivas de discriminación, exclusión y victimización pueden convertirse en motivos fuertes de afiliación y tener efectos politizantes en medida que se hacen evidentes. En este caso particular, se podría hablar de la territorialidad y ancestralidad que atraviesa las comunidades del Pacífico, y de su explosión de identidad colectiva a raíz del reconocimiento público de la identidad cultural hecho en la constitución de 1991, a partir del cual se multiplicaron las actividades y líderes políticos.

En relación con estas ideas detrás del conocimiento de la realidad social, la toma de posición y la importancia de las historias compartidas, otro estudio, realizado por Alvarado, Patiño & Loaiza (2010) con relatos de vida del Movimiento Juvenil Indígena Álvaro Ulcué (MJIAU); propone la *conciencia histórica* como uno de los conceptos fundamentales para pensar la acción política y la forma en que se construye; y hace referencia a “la forma que permite al sujeto comprender-se y ubicar-se en la historia como un proceso en permanente construcción” (Alvarado, Patiño & Loaiza, 2010, p. 857). Esta forma de consciencia es la que permite adoptar una posición crítica hacia la estructura social que aparece como determinada y, por ende, se nutre de la afectación de la experiencia.

En ese orden de ideas, mediada por la conciencia histórica, aparece la *experiencia* como una segunda categoría analítica fundamental, en medida que, en palabras de Alvarado, Patiño & Loaiza (2010), hace posible:

“Relacionar las prácticas de los sujetos con las condiciones temporales, espaciales y simbólicas que permiten otorgar sentidos a los acontecimientos, y que a su vez propician rupturas objetivas y subjetivas frente a las

condiciones naturalizadas en los contextos sociales, históricos y culturales”
(p. 858).

La conjunción de estos dos elementos (conciencia histórica y experiencia) da paso a individuos que se reconocen como actores y espectadores presenciales en la construcción de la historia, y tejen significados a partir de las vivencias compartidas que devienen en la adopción de distintas posturas políticas en su contexto.

En este estudio se concluyó que uno de los factores fundamentales asociados a la afiliación a grupos políticos es el contacto y establecimiento de vínculos cruzados por el afecto con figuras de referencia, que ya han sido iniciadas y actúan como entes motivadores; aun cuando existen negativas en el núcleo familiar. Esta suerte de fuga está relacionada a la búsqueda juvenil por una identificación en el encuentro con grupos de pares, donde se pretende establecer distancia con la familia y expandir el mundo personal más allá de las fronteras del hogar. Aquí juega un proceso de visibilización y reivindicación de sujetos jóvenes donde, como muestran otros estudios (Moreno, Ramírez, Rojas & Torres, 2015), también cobran un papel importante los vínculos de *amistad* y *noviazgo*, a partir de los cuales se configuran valores de solidaridad, confianza y apertura.

Sobre el hogar es importante reparar en la forma en que, directa o indirectamente, la familia incluye o excluye a los hijos del conocimiento y accionar político, y que resalta la importancia de otras figuras incentivadoras que propicien la toma de posición. Según Solorzano (2011a):

Las condiciones de vida de la familia establecen la situación biográfica en la que el individuo nace, la familia es el primer espacio (...) donde se

naturaliza la realidad, incluidas las nociones de ser mujer y ser hombre y el cómo se debe situar en el mundo (...) (p. 102).

En este sentido pueden influir creencias, valores y significados de distintos tipos. Hablando particularmente de las mujeres, por ejemplo, Bautista (2008) argumenta que puede haber una influencia diferenciada del entorno familiar en la construcción de sujeto porque en muchos casos el ideal patriarcal excluye del mundo político a la figura femenina.

Otros estudios muestran una tendencia contraria. Portillo (2015), en su trabajo con testimonios biográficos de jóvenes activistas del movimiento digital #Yosoy123 en México, señala la importancia de las figuras familiares como motivadoras en el proceso de socialización cuando en el hogar existen posturas políticas claras, en este caso, de izquierda, cuando se promueve la lectura de prensa, o existe un historial visible de activismo. La influencia del hogar puede tener un efecto variado que debe pensarse a la luz de otras categorías.

Aunque comprende una gran influencia de la familia, la infancia es una categoría analítica más amplia fundamental en el proceso de construcción de sujeto político que, por la naturaleza de la pregunta de investigación de este trabajo, conviene revisar en detalle³. Una de las investigadoras prominentes en este tema, Sara Alvarado, ha producido, en colaboración con otros académicos, conclusiones importantes. A continuación, abordo algunas de ellas.

³ Vale señalar que, en tanto la infancia es una categoría fundamental en el proceso de construcción de sujeto político, la necesidad de su análisis está implícito en la pregunta que da lugar a esta propuesta de investigación.

En un estudio con niños del barrio marginal Ocho de marzo en Medellín (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013), se indaga en las significaciones infantiles que tejen puentes entre la moral y la política, donde el sujeto empieza a constituirse desde las primeras identificaciones del bien y el mal. Esto bajo la premisa que, a partir de las ideas acerca de los otros, de lo que *es bueno ser*, los sujetos van produciendo sentidos sobre la diferencia y, esa valoración, aporta a “la configuración de la pluralidad como experiencia política” (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013. p. 103). Se produce un entendimiento de la pluralidad donde uno y otros adoptan posiciones que construyen el panorama a partir del cual, más adelante, se desarrolla el sujeto político.

El hallazgo principal referente a la constitución de la subjetividad política desde edades tempranas, es que es un proceso que se desarrolla a partir de “una moral que se configura de manera ambivalente” (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013, p. 110). Donde la *ambivalencia* se expresa en tres elementos en constante diálogo:

los contextos de socialización política en los que los niños y las niñas se ven inmersos, los procesos de subjetividad y de interacción en los que hay intercambios simbólicos del lenguaje y los rasgos de subjetividad política que podrían estar dándose fruto de esa configuración moral ambivalente (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013, p. 111).

Partiendo de ahí, se presta atención a insumos concretos como la incidencia de programas infantiles, novelas y realities observados por los niños teniendo en cuenta la importancia de la televisión en los hábitos de socialización cotidiana (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013); la construcción de lenguajes y prácticas comunes asociados al contexto

barrial y comunitario; los informes pedagógicos y psicosociales de educadores sobre el desarrollo infantil; los entornos familiares, entre otros.

Hay un sentido de la diferencia que posiciona, y se construye desde las prácticas observadas por los niños que naturalizan el uso de la fuerza sobre otros, la justicia privada, el poder asociado a la ilegalidad o la desconfianza en las instituciones. Desde ideas sobre el extraño como enemigo que se fundan en pautas de comportamiento como el “no te juntes con otros porque no son tus amigos” (Alvarado, Ospina & Gómez, 2013, p. 112) y diversas distinciones que existen con habitantes de barrios aledaños. O desde los contrastes ambivalentes efectuados, por ejemplo, en el hecho de que las personas que dañan gozan de mala reputación en el entorno cercano, pero no en muchos programas televisivos o juegos de video. Sobre la base de la lógica infantil, los niños construyen a partir de sus insumos la idea de un “mundo compartido” en el cuál aprenden a desenvolverse; a partir de las ideas, los valores y los afectos contrapuestos.

En cuanto a la cuestión de las ideas, en otro estudio con niños y niñas de escuelas públicas en distintos departamentos de Colombia (Alvarado & Ospina, 2006), se destaca el carácter central de las concepciones de *identidad* y *justicia* por su potencial afectivo, creativo, ético-moral y político, en el reconocimiento y aceptación de la diferencia en distintos ámbitos de interacción social. En cuanto al componente afectivo, otros estudios hacen énfasis en el protagonismo de las capacidades de saber amar, acompañar al otro en su dolor, ser solidario y establecer lazos cálidos y serviciales (que se fundan en el seno de la afectividad familiar⁴), para la consolidación de comportamientos resilientes, transformadores de la adversidad que, como se mencionó arriba, son fundamentales para el

⁴ Aquí se comprenden las condiciones tanto de formación familiar como de abandono.

desarrollo de la subjetividad política (Granados, Alvarado & Carmona, 2017; Granada & Alvarado, 2010).

Finalmente, otro estudio con niños provenientes del contexto de conflicto armado, mostró la importancia de las actividades lúdicas (juego, canto, baile) como medios para desplegar comportamientos autónomos, donde se contesta de distintas maneras la acción de los padres, se producen relaciones con otros, y empiezan a consolidarse esquemas que favorecen la sobreposición a la violencia y la construcción de paz (Alvarado, Fajardo & Ospina, 2018). Este tipo de hallazgos sugieren la aparición del *juego* como otra categoría importante para el análisis.

Hacia el final de esta revisión, todavía hace falta abordar dos trabajos que se han hecho sobre el componente específico de la propuesta de investigación, a saber, la construcción de sujeto político en contextos de guerrilla. Dada la especificidad contextual que necesariamente rodea cada caso en particular, retomo rápidamente los hallazgos más generales.

Solorzano (2011a) en un estudio con exmilitantes de una guerrilla guatemalteca (FAR⁵), retoma como parte de los antecedentes motivadores del sujeto político algunos de los elementos ya mencionados en esta revisión, como la trayectoria familiar, que en este caso tiene el aditivo de figuras parentales con participación guerrillera, las condiciones de pobreza y exclusión, y el abuso estatal.

A estas, se suman las convicciones profundas sobre la necesidad de una lucha armada para transformar el sistema que, en el contexto de represión, se convierte también

⁵ Fuerzas Armadas Rebeldes.

en una forma de *supervivencia*. En algunos casos, también añade entre las características subjetivas un historial de migración que, en doble vía, motiva la acción ante condiciones de falta de oportunidades y facilita la adopción de estilos de vida móviles, nómadas. Y, otro aspecto importante, tiene que ver con la vivencia temprana de condiciones de violencia que de alguna manera la naturalizan, neutralizando parte del miedo que conlleva asumir una lucha armada con fines políticos. En casos donde la vivencia fue más tardía, se encontró que el trauma asociado podía convertirse en un factor movilizante.

Uno de los hallazgos fundamentales en cuanto a las motivaciones constitutivas producidas por los integrantes una vez dentro del grupo guerrillero, comprende que el proceso de desaprender muchas identidades construidas en los primeros círculos sociales mediante la nueva identificación con el movimiento (con diferencias características relativas al género), les otorgó la capacidad de transformar su realidad, que les permitió transitar al sujeto político. Este tránsito viene a su vez con derechos, trato igualitario, poder, espacio propio, respeto y reconocimiento, que dota a los guerrilleros de sentido de pertenencia (Solorzano, 2011b).

Un segundo estudio, realizado con excombatientes de la guerrilla FARC-EP⁶ en Colombia (Cruz, 2020), desarrolla su análisis de la mano con el concepto de *conciencia histórica*, donde la construcción del sujeto político pasa por el entendimiento de un momento en el tiempo del cual se hace parte, en conjunto con otras subjetividades, y en busca de materializar proyectos colectivos.

⁶ Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo.

Entre los hallazgos, a algunas de las motivaciones mencionadas en el estudio anterior, se suman las relacionadas con la realización de actos heroicos, la búsqueda de liderazgo y protagonismo, la *necesidad de pertenencia*, la búsqueda de un sentido de vida, entre otras. Y estas se juegan en distintas dimensiones de reconocimiento de la acción; una dimensión de lo real, donde se enmarca la acción como tal y todo lo plausible del movimiento⁷; una dimensión simbólica, donde aparecen los ideales y las reivindicaciones; y una dimensión imaginaria, constituida de las proyecciones del yo y la trascendencia adquirida a partir de la lucha. Este desarrollo multidimensional, propicia la construcción enraizada del sujeto político que, incluso ante la disolución del movimiento o la disidencia, llevan a mantener una posición particular en la sociedad.

Marco teórico

No se puede hacer referencia a la subjetividad, menos subjetividad política, sin pasar por la concepción de personalidad y, en este caso, la pregunta que deriva: ¿por qué tomar como base el concepto de subjetividad y no el de personalidad? Desde la perspectiva de González Rey, esta última aparece como un rasgo de la primera, construida a partir de una experiencia tanto individual como social y que, por ende, carece de la connotación rígida de la estructura; la personalidad viene a entenderse como “la organización del *sujeto* concreto individual, quien está procesual, histórica y socialmente configurado” (como se citó en Díaz Gómez, 2021a p. 20). Se trata de la expresión organizada de una construcción cultural en constante desarrollo, la subjetividad individual y, en este sentido, representa un rasgo en cuanto que:

⁷ Otro estudio interesante abarca específicamente la cuestión de la construcción de la subjetividad política arraigada en el cuerpo. En el devenir del *cuerpo político* (Díaz Gómez & Alvarado Salgado, 2012).

“(…) la personalidad es el sistema que tiene el momento organizativo de la subjetividad individual, pero esta no se reduce a la personalidad porque es una subjetividad que existe en un sujeto en acción, en un sujeto en relación y, por lo tanto, permanentemente confrontada en un contexto. Así, se da el paso a una visión no determinista de la personalidad. Esta no determina el comportamiento, sino que define una presencia de sentido subjetivo en el marco actual de actuación del sujeto” (González Rey, 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a, p. 20-21).

Conceptualmente, la personalidad parte de una subjetividad individual, donde se organizan los sentidos y significados que dan vida al actor en ámbitos personales y, al entenderse como una presencia de sentido, como una imagen, es insuficiente en el propósito analítico de escudriñar la base compleja y en constante transformación que la antecede, y antecede el comportamiento político.

Parte de esa insuficiencia, por otro lado, viene de reconocer el espacio limitado que deja la subjetividad individual para entender el grueso de la acción, en parte porque se trata solo de una dimensión de la subjetividad en un sentido amplio. La subjetividad individual, como categoría analítica presente en el ámbito personal, se configura a su vez a partir de procesos simbólicos construidos en la experiencia social. Si se leen a profundidad, los espacios sociales son también sistemas intersubjetivos, construidos de una simbología que va más allá de lo personal, y se nutre de códigos, memorias, espacios institucionales, entre otros (González Rey 2021 como se citó en Díaz Gómez, 2021a).

Por esto hablar de subjetividad individual implica reconocer la existencia de una subjetividad social, como una subjetividad a la que el individuo accede, y que se configura

en un devenir histórico y cultural, donde es posible desdoblarse mediante la acción y la significación. En palabras de González Rey (2021):

Como un proceso subjetivo cargado de sentidos (...) y procesos simbólicos que se desdoblan en un conjunto de figuras sociales que habitan en esos espacios: discursos, representaciones, códigos, normas, moralidad, que están instituidos en un espacio social y definen la carga subjetiva de esos espacios (como se citó en Díaz Gómez, 2021b, p. 51).

Esto remite a las bases del pensamiento histórico-cultural sobre el fenómeno subjetivo, que “no está apenas inscrito en el ámbito de la organización individual, sino también en el de la propia organización social” (González Rey, 2021b, p. 45). Pasa por hallazgos como el denominado *imaginario colectivo*, de Castoriadis, que reconoce cómo “la sociedad tiene un núcleo de constitución imaginaria que es fundamental y que no se explica por ningún otro de sus atributos, sino por los espacios institucionalizados y las relaciones generadas en ellos” (como se citó en Díaz Gómez, 2021b, p. 45). Para clarificar, cuando se habla de subjetividad social se está hablando de una configuración subjetiva intrínsecamente imbricada en los significados de la realidad social, como extensión del ser, de alguna forma común, pero organizada de maneras divergentes en lo que compete al individuo.

Partiendo de ahí, la subjetividad política, que se refiere a la sección de significados más próxima a las cuestiones sociales del equilibrio de poderes, organizativas y éticas de la realidad común, puede ser entendida como “un momento de una subjetividad social” (González Rey como se citó en Díaz Gómez, 2021a, p. 23) que permite por una convergencia simbólica situacional la aparición de un lugar de afirmación desde el cual es posible diferenciarse de otros, ejercer agencia. Por eso se extiende a cuestiones de creencia,

religión, los mitos de un país (González Rey 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a) entre otras que no necesariamente encajan en la categoría estándar de temas políticos en un sentido moderno. Como tal, la subjetividad política está contenida en la subjetividad social, y los límites que la definen pueden ser en muchos casos porosos.

Si se ve con detenimiento, esa porosidad puede decirse de todas las formas de subjetividad, su separación remite tanto a una necesidad analítica, como al reconocimiento de distintas convergencias de sentido que emanan en situaciones particulares, dentro de un esquema de comportamiento que no necesariamente es lineal (González Rey 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a). Esto implica que la división tiene sus limitaciones, en muchos casos es difusa, porque las partes pertenecen a una subjetividad en sentido amplio, que viene a ser una amalgama de significados y sentires indisociables, con un dominio inconsciente y, por ende, a veces impredecible. Estas limitaciones pueden superarse con cuidado al hacer consciente el problema; la división puede usarse con fines prácticos para delimitar el campo de análisis, pero no debe ignorarse la necesidad de ampliar el alcance de los razonamientos frente a cuestiones que implican un reconocimiento holístico.

Partiendo de estas nociones, si la subjetividad hace referencia al conjunto de significados en constante construcción que compone al individuo en su dimensión continua, el sujeto, que aparece como una instancia actual y evidenciable, viene a ser la expresión momentánea y en constante reafirmación de la subjetividad. Como tal, “debe su emergencia a la capacidad práctica que otorga a sus asociaciones” (Díaz Gómez et al. 2019, p, 29) y, por este motivo, sólo puede definirse mediante la acción, cuando “toma un camino de subjetivación particular, y genera sus propios espacios dentro de los espacios sociales institucionales” (González Rey 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a, p. 27).

El sujeto político, como expresión de esa dimensión particular de la subjetividad, histórica y cultural, que se reafirma en un lugar propio, solo aparece en forma visible en la agencia, mediante la acción política cargada del significado que la genera. Por esto “cuando se pierde la capacidad individual de producción de sentido, en el ámbito institucional o en cualquier otro ámbito social, se pierde la condición de sujeto” (González Rey 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021b, p. 53).

Esto se puede complementar con la visión de Alvarado, Patiño & Loaiza, donde la subjetividad política comprende un doble movimiento de un sujeto diferenciado, que se sabe distinto de otros, y un sujeto situado, que es a la vez el sujeto político, en tanto “se reconoce ubicado en un contexto histórico de producción particular, pero a la vez (...) en relación con otros que son y están ubicados en lugares de afirmación distintos al suyo” (2010, p. 860). La construcción de esta forma del sujeto será entonces el proceso de desarrollo de la propia posición en el devenir social-histórico.

El sujeto político es constitutivo y definitivo de la noción de democracia. Solo es posible pensar un sistema abierto a la confrontación política en un escenario donde los individuos pueden afirmarse continuamente a partir de sus construcciones de significado y reconocerse distintos de otros. A manera de ilustración, un sistema opuesto, donde esta capacidad es anulada continuamente en el ejercicio de poder, sería el totalitarismo. Como mencionan Díaz Gómez et al., el análisis de Arendt a este respecto, señala precisamente que un esquema totalitario “encuentra su razón en la intención de borrar todo rasgo de novedad y acción creativa del hombre” (2019, p. 30). Lo que deriva, finalmente, en la pretensión de que el sujeto pierda la capacidad de asumirse como un agente activo del cambio.

No obstante, de forma paralela, una reflexión esperanzadora que surge del trabajo de Arendt, refiere que, así como puede existir un movimiento homogeneizador de la subjetividad, también existe un movimiento de subjetivación que se resiste a ser homogeneizado. Sánchez (2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021d, p. 144), hace referencia al concepto arendtiano de “subjetividad de los excluidos” como aquella que emerge incluso entre aquellos que carecen de un espacio público en el cuál aparecer. Más aún, de estas y otras formas de subjetividad divergente, propias también de experiencias totalitarias, siempre “han germinado actos de resistencia y organización social (...), luchas con las que (...) [se busca] vindicar el valor de la vida, la dignidad, la libertad y el mantenimiento de la diferencia” (Díaz et al. 2019, p. 31).

En relación con el vínculo existente entre subjetividad política y social, también aparece la acción política de Arendt, “que no se asume como algo individual, sino como un proceso que mantiene un poder colectivo y comunicativo” (Sánchez, 2021 p. 136). Al estar en estrecha relación con las simbologías sociales, el lugar de afirmación propio desde el cual se ejerce agencia con el acto y la palabra, tiene un efecto simbiótico que favorece la organización colectiva en la búsqueda de realidades concordantes con los significados políticos convergentes. La organización y la acción colectiva son tan inherentes a la condición humana como la aparición de la subjetividad y el sujeto.

Dada la naturaleza del análisis reconstructivo, como se verá, es necesario prestar atención a un último concepto, el de socialización, que es transversal en la construcción del sujeto político, y se entiende aquí desde su perspectiva centrada en el individuo como “el proceso por el cual se adquieren los valores, las actitudes y las creencias de una sociedad particular, e involucra tanto procesos intrapsíquicos como la relación entre el individuo y

los diferentes agentes de socialización” (St. Martin 2007, como se citó en Simkin & Becerra, 2013, p. 122).

Puntualmente, se utilizará la teoría de Arnett (1995), que propone tres tipos de objetivos fundamentales de la socialización. El primero tiene que ver con el control de impulsos, que permite aprender a posponer la gratificación inmediata relacionada con distintas prácticas, y se desarrolla en la primera infancia, por competencia casi exclusiva de la familia. Aquí juega la capacidad de integración a dinámicas sociales donde es necesario anteponer en algún grado las necesidades colectivas o comunes a los deseos propios.

El segundo se refiere a la preparación para ocupar roles en sociedad, ya que en el proceso de socialización se aprenden los comportamientos y significados clave para desempeñar las funciones que componen las prácticas culturales establecidas (parentales, laborales, de género). Aquí juegan un papel todos los miembros de la sociedad en el contexto en que se habita; padres, autoridades, pares. Por último, el tercero alude a la internalización de sentido, y tiene que ver con la capacidad de acoger sentidos adheridos a la experiencia de vida del sustrato de significados común a la sociedad en que se habita.

En la sección siguiente, se hablará del relato de vida como método escogido para escudriñar la construcción del sujeto político en este proyecto. Esta elección parte del hecho que, al narrar, el individuo entrevistado se sitúa en una posición de afirmación propia que ya es efectiva y, por ende, la mera reconstrucción de la historia da cuenta en cada detalle y recurrencia del sujeto político constituido que es actualmente vigente. Si se quiere, es en sí un ejercicio de reconstrucción donde, más que dar prioridad a la exactitud de los sucesos pasados, se intenta atrapar los rasgos de subjetividad que emanan en el ejercicio continuo de la narración, para lo cual se debe intentar “desentrañar las producciones discursivas que

se ocultan en la narrativa explícita” (González Rey 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021c, p. 90). De esta manera la historia oral, más allá de su contenido situacional, se convierte en un correlato vivo de los conceptos que se pretende estudiar.

El relato de vida

Existen muchos métodos para estudiar el mundo social, cada uno con distintas funcionalidades. Entre ellos, una de las ventajas distintivas fundamentales que ofrecen los relatos de vida o historias orales es, como señala Bertaux (2005), la posibilidad de construir una perspectiva diacrónica, que permite observar los fenómenos sociales en su proceso de desarrollo particular. Permiten, por así decirlo, una reconstrucción paso a paso de la evolución de un fenómeno como es experimentado por el narrador.

El desarrollo metodológico histórico de este tipo de insumo reúne aportes de diversas corrientes de pensamiento como existencialismo, marxismo, estructuralismo, psicoanálisis y hermenéutica. Y se ha precisado en enfoques que parten de influencias interdisciplinarias desde la antropología, sociología, historia, educación, psicología, entre otras⁸ (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2008); en este trabajo, se revisan brevemente dos de los más influyentes, el etnosociológico y el antropológico.

La perspectiva etnosociológica es objetivista, sobre la premisa de que toma como *objeto* social fragmentos particulares de una realidad social histórica de interés. Orienta el trabajo con relatos de vida hacia una forma de *relatos de prácticas en situación*, donde se pretende comprender contextos sociales delimitados a partir de una incursión en la

⁸ Hablando particularmente de métodos y aportes en materia de la subjetividad política, aparecen dos disciplinas adicionales prominentes en la investigación reciente: la psicología política y la sociología política. No obstante, la complejidad del tema llama, necesariamente, a la colaboración transdisciplinaria (Alvarado, Ospina & García, 2012).

experiencia de los sujetos nacidos y desarrollados en ellos (Bertaux, 2005). No obstante, tiende en ese esfuerzo de comprensión a preocuparse por relaciones y procesos sociales de orden más estructural, donde juegan un papel importante los hábitos y prácticas recurrentes y, aunque no dejan de ser importantes, pone en un segundo plano las reflexiones profundas sobre creencias, representaciones, valores y demás elementos del componente semántico subjetivo (Bertaux, 2005)⁹.

En este sentido, lo que se estudia son *mundos sociales*; aglomerados de relaciones que se concentran en rededor de actividades y significados comunes. Y se comprende una lógica tal que, si el macrocosmos es la sociedad global, los mundos sociales son mesocosmos, constituidos a su vez por microcosmos, en este caso, individuos. A partir de ahí “la hipótesis central de la perspectiva etnosociológica es que las lógicas que rigen el conjunto de un mundo social o mesocosmos se dan igualmente en cada uno de los microcosmos que lo componen” (Bertaux, 2005, p. 18).

Ferrarotti (1993a) propuso otra forma de abordar los relatos autobiográficos que intentó solucionar el carácter sintético y objetivista de la manera sociológica hasta ese entonces imperante. Porque esta manera, en su esfuerzo de tomar las características generalizables de la experiencia individual, despojaba al relato de sus características esenciales, a saber, la subjetividad y la historicidad.

Para esto, reparó en la importancia de reconocer el proceso de estudio del sujeto como uno dialéctico en el cual tanto el observador como el observado modifican

⁹ De acuerdo con Bertaux (2005), es esta dirección la que permite a la perspectiva mantener una relación con la epistemología sociológica y tender a conclusiones que, aunque se desarrollen en el ámbito de la experiencia individual, puedan llevarse al conocimiento general de las formas sociales.

constantemente sus percepciones y representaciones y, por ende, del que solo se puede alcanzar conocimiento en una relación recíproca, intersubjetiva. El investigador de la historia oral no puede ser un ente distante que aplica una lógica formal, analítica, férrea, para obtener características operacionalizables de los sujetos de estudio y hacer conclusiones generales; sino que debe insertarse en el diálogo cambiante, de donde se extraen, no siempre de forma sintética y generalizable, conclusiones sobre las realidades sociales.

No se pueden extraer conclusiones sobre la praxis humana de la historia oral dejando de lado la subjetividad, porque es a partir del devenir subjetivo que suceden las interacciones que dan lugar a la sociedad. Entonces, “solo la razón dialéctica permitirá la comprensión de un acto en su completud, la reconstrucción del proceso que hace de una conducta específica la síntesis activa de un sistema social” (Ferrarotti, 1993a, p. 123).

En el seno de estas apreciaciones surge una perspectiva antropológica del método biográfico, que estudia la realidad social a partir de la producción dialéctica de un conocimiento íntimamente ligado a las dimensiones subjetivas del individuo. Las experiencias, relaciones, creencias, significados, valores, entre otros componentes cruzados por el contexto social y cultural, juegan un papel fundamental.

Este contraste existente entre un enfoque objetivista y uno subjetivista devuelve la discusión a las cuestiones epistemológicas del método cualitativo. Basta, por ahora, recordar que ninguna forma de ciencia produce conocimiento idéntico a la realidad, y que lo distintivo de lo cualitativo es su carácter constructivo-interpretativo, donde se van construyendo saberes aproximados sobre realidades o subjetividades necesariamente situadas (Gonzales Rey & Patiño, 2017).

Dada la naturaleza interdisciplinar del tema de estudio, y sin dejarse de lado los aspectos históricos y concretos propios de la aproximación sociológica que necesariamente rodean la experiencia humana particular (Bertaux, 1993); la perspectiva antropológica parece una alternativa adecuada en medida que permite con más facilidad que el enfoque etnosociológico indagar en el componente subjetivo de la construcción de sujeto político; e incluir en el análisis elementos de corte psicológico, como los procesos de la infancia y adolescencia, y las relaciones afectivas insertadas en el marco de la familia y los círculos cercanos.

Con el fin de construir relatos de vida completos, que se inserten en una razón dialéctica (Ferraroti, 1993b), el enfoque antropológico ha utilizado diversas técnicas del repertorio de las ciencias sociales. La más sonada y comúnmente guía en la recolección de datos es la denominada *entrevista en profundidad*; que puede entenderse como una conversación directa y personal entre dos personas, no estructurada, donde se produce una indagación exhaustiva con preguntas que permiten al entrevistado hablar y expresarse libremente (Mejía, 1999, p. 227). En este sentido, la espontaneidad, flexibilidad y adaptabilidad facilitan, en un continuo, entrar en el dominio subjetivo, que aparece en las anécdotas, ideas, formas del lenguaje y, en general, en la racionalidad y emocionalidad de la conversación¹⁰.

De la mano de la entrevista existen otras técnicas que, por medio del acceso consentido a *documentos personales* del entrevistado y el trabajo conjunto sobre ellos,

¹⁰ Según Varguillas & Ribot (2007), es fundamental el establecimiento de una relación armoniosa de confianza mutua, cuya instauración comprende un proceso de aprehensión o introducción, donde se lidia con las inseguridades del primer encuentro; uno de exploración, donde se juegan expectativas y se prueban formas de acceder al otro; cooperación, donde el conocimiento recíproco da paso a la confianza mutua; y finalmente, participación, donde las partes asumen sus roles y se entregan a la conversación (p. 251-252).

permiten completar la información del relato de vida. Aquí se incluye la revisión de fotografías y álbumes familiares, que permiten en la conversación dar un contraste a la experiencia narrada y tienen un poder evocativo que da lugar a nuevas interpretaciones (Pujadas, 2000). Y, de la mano de ese ejercicio de evocación, se incluyen diarios y correspondencia (cartas), que facilitan el ejercicio de memoria y acceso a los procesos de construcción y cambio del sujeto, situados en etapas del hacer y conocer (Monteagudo, 1996; Follari, 2014).

Diseño metodológico

El análisis de la construcción de sujeto político se realizó mediante el método de relato de vida. Este se consideró adecuado porque permite elaborar una perspectiva diacrónica del fenómeno, en medida que se pueden analizar los hechos y cambios más significativos a través del tiempo, y cómo han incidido en la subjetividad política del narrador. Dada la naturaleza y el alcance del estudio, este comprendió una reconstrucción completa, desde la niñez hasta la edad actual.

Para la construcción del relato se utilizó como técnica principal la entrevista en profundidad. Se realizaron una serie de entrevistas, para las cuales primero se estableció una relación de confianza con el sujeto, a partir de varias visitas¹¹, que facilitaron la expresión libre y dieron pie para utilizar herramientas complementarias. Entre estas se incluyó el trabajo con documentos personales, en este caso obras de arte (pinturas), que se trajeron a colación para favorecer la evocación y el flujo de la conversación, así como aportar nuevos elementos e interpretaciones. Dada la naturaleza flexible del relato de vida y

¹¹ Contando las entrevistas, 6 visitas en total.

la necesidad de mantener una relación de interacción fluida, no se estableció un cronograma preciso de actividades en lo relativo a la recolección de información.

El sujeto en cuestión es un ex militante de la guerrilla M-19, actualmente residente en Siloé (Cali, Valle del Cauca), barrio que es conocido por haber sido uno de los bastiones del grupo, donde tuvieron lugar parte de los procesos organizativos. Por motivos de seguridad, en la narración del relato de vida y el análisis se cambió el nombre real por uno ficcional, aunque los sucesos se presentan inalterados.

Dylan: relato de vida de un ex-militante del M-19

Dylan nació en Ansermanuevo, un pueblo al norte del Valle del Cauca, donde vivió sus primeros días con sus hermanos y su madre. Cuando tenía aproximadamente 5 años viajaron a Cali buscando mejores condiciones de vida, y llegaron a La Nave, que era en ese tiempo el barrio frontera de la Comuna 20 o Siloé, donde ha vivido hasta el día de hoy.

Llegaron donde Doña Rosa, una amiga de su madre que arrendaba piezas, y fue su primer contacto en la ciudad. A cambio de vivienda, la madre de Dylan le ayudaba a preparar y vender fritanga. Después de La Nave, habitaron en distintos barrios de la Comuna, y se mudaban con frecuencia según se presentaban mejores oportunidades, estuvieron en Belén, Lleras, Puerto Nuevo, La playa, entre otros aledaños.

Poco tiempo después de llegados Dylan entró a primero de primaria en la Escuela Celanense, cerca del barrio de Belén, acompañado de su hermano menor, Chucho. Le gustaba estudiar, pero abandonó la escuela en segundo de primaria porque, como él lo expresa, le cogió miedo a la profesora y el estudio, a raíz de una coyuntura que abarcó distintos espacios de su vida.

En ese tiempo, cuando no cumplía con las tareas, hablaba en clase con sus compañeros o no hacía caso de alguna orden, la profesora lo sometía a castigos físicos fuertes, lo hacía arrodillarse con las manos levantadas al tablero, y si las bajaba lo golpeaba con una regla metálica. Esto sucedió repetidamente, a lo que Dylan respondía faltando a clase, evitando a la maestra, a veces días enteros. Con Chucho, salían de la casa, pero no llegaban a la institución, y preferían andar en las calles, con las maletas, jugando, distrayéndose con lo que encontrarán o pidiendo limosna.

Cuando su madre se daba cuenta de que no habían asistido al colegio, o los encontraba en la calle, los reprendía fuertemente, la mayoría de las veces pegándoles con ramales de cuero hasta sacarles sangre, *“descargaba la ira con ellos”* como él lo enuncia. Con el tiempo Dylan empezó a preferir no llegar a la casa o escaparse, iba a la iglesia a *“rezarle a los santos”* para que su madre no le pegara, y pasaba la noche en cualquier lugar del barrio. Cuando su madre lo encontraba, a veces después de un día, le pedía perdón y le prometía no volverle a pegar.

Un día, su hermano le propuso seguir estudiando en la casa, asignándose planas, ejercicios o tareas mutuamente, para *“aprender lo que les enseñaban en el colegio”* sin tener que volver a ver la profesora. Entonces decidieron abandonar la institución y nunca más volvieron a reintegrarse. La madre se sintió triste por la decisión, pero decidió aceptarla, les dijo: *“yo no los vuelvo a matricular más, ustedes verán cómo se defienden”*. Todo esto me lo cuenta Dylan a veces con precisión de detalle, después de que empieza el relato mencionando: *“para mí ese era un colegio de terror”*.

Dylan describe a su madre como una mujer de mano dura y templanza, fregada, siempre pendiente de que sus hijos no *“cometieran ninguna falla”*. Muy trabajadora y de

ejemplo honesta, que les enseñaba a “*vivir la vida*” trabajando en vez de “*andando por la calle*”. Cuando veía a sus hijos con dinero les exigía respuestas de dónde lo habían obtenido, y si no se la daban los hacía “*ir a devolverlo*” donde lo habían encontrado. Pasaba mucho tiempo fuera, porque ejercía como empleada doméstica o pasaba los días ayudando a Doña Rosa, por lo que no siempre estaba presente, y cuando estaba a veces “*mantenía cansada o estresada*” lo que agravaba sus respuestas cuando observaba la conducta de Dylan y su hermano.

Cuando me habla de ella, la recuerda como “*una gran mujer*” noble y buena, y una mujer de lucha, que apoyaba la causa del M-19, o “*Eme*” como él lo nombra. Cuando no estaba enfadada los trataba con cariño, les preparaba chocolate caliente y se los servía con pan, que a ellos les encantaba, y les inculcaba la práctica de actividades artísticas. Dylan me cuenta que le debe su vocación de pintor, porque ella siempre lo motivó a que practicara su talento. También me cuenta, con voz de orgullo, que hizo “*de madre y padre*” porque su padre ha estado ausente y desentendido casi toda su vida.

Su padre tuvo una mujer y otros hijos antes de ellos, y luego tuvo otra familia, a la que se dedicó casi por completo. Tenía una relojería en Siloé de donde sacaba el sustento, y a veces les daba algo de dinero, cuando la situación estaba difícil y la madre de Dylan y Chucho los mandaba a pedirle. En algún momento también les regaló un rancho de cartón y esterilla en Lleras para que vivieran con la familia, pero se fueron porque era “*feo y de tierra colorada*”.

Luego de abandonar la escuela, Dylan pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo las calles de Siloé y distintos barrios de Cali. Me cuenta que “*era muy rebelde*” salía y le gustaba mucho caminar. Le decía a su hermano: “*vámonos*” y se paseaban por todo San

Fernando, Tequendama, La Nueva Granada o cualquier otro sitio al que llegarán. A veces de la mañana a la noche, y a veces hasta el día siguiente. A pesar de que su madre había decidido no volverlos a matricular en el colegio, cuando se enteraba de lo que hacían los trataba mal, y cuando estaba presente los encerraba o los castigaba poniéndoles la ropa de su hermana, Marina, para que les diera vergüenza salir. Esa era la única forma de mantenerlos en la casa.

Cerca de los 12 años, un poco mayor, Dylan empezó a trabajar en sus paseos por la calle llevando materiales por monedas, reciclando, haciendo mandados, cargando mercados o *“maneando”* en las galerías Alameda y Santa Elena; o se hacía amigo de los vendedores y les ayudaba vendiendo plátanos, naranjas, limones o cualquier otra fruta. Me cuenta que siempre le ha gustado trabajar, y a pesar de andar en la calle no le gustaba quedarse quieto.

Cuando tenía 14 años conoció en Siloé a una pareja, Fidel y Ligia, que se dedicaba a trabajar en el campo, les cayó bien, y un día cualquiera lo invitaron a ir con ellos. Recuerda que le dijeron: *“usted por qué no nos acompaña, vamos a trabajar. Nosotros vamos a coger café al norte del Valle, camine nos acompaña y aprende a coger café”*. A él le gustó la idea y aceptó, fue a su casa y le dijo a su madre: *“yo me voy a ir a trabajar porque aquí no hay nada que hacer”* a lo que ella le respondió: *“mijo, pues usted verá, váyase”*. Ahí comenzó a aprender su labor actual, la jardinería, y a trabajar intermitentemente en distintos pueblos cada que había cosecha. Completa la anécdota diciendo que para esa edad él *“ya tenía uso de razón”* y por eso su madre no le puso trabas, a pesar de que se iba por largos períodos de tiempo. Después me cuenta que siempre ha sido jardinero, que le ha encantado, y que piensa que *“lo más maravilloso es la naturaleza, las plantas y los árboles”*.

Dylan no dejó de salir a pasear por las calles, pero después de incursionar en su profesión, intentaba trabajar siempre en el día y salir en las noches. Más adelante, cuando hablamos de sus pensamientos sobre el M-19, hace referencia en distintas ocasiones a la importancia del trabajo, que puede darle dignidad y vida a las personas, e incluso lo enuncia como algo “*sagrado*”.

Sobre sus ideas, me cuenta que siempre ha “*admirado las marchas y protestas*” y que ha sido un inconforme en la vida, porque ha asistido para estar siempre al frente. Le gustaba asistir así le tocara dormir en la calle o en las plazas, porque era “*su forma de ser*”. Desde que era joven, se reunía con amigos a hablar de lo que pasaba en el barrio y les gustaba la idea de “*volverse de izquierda*”. Por esos tiempos empezó a llegar a las casas de la Comuna la consigna del M-19, que decía: “*ya llega*” “*ya llega el 19 de abril*” “*hoy es un fusil, mañana es un lápiz*” o como él lo iba a interpretar más tarde: “*llega para luchar por los derechos de la gente y la vida digna*”. El mensaje que se leía en las paredes y se escuchaba en las conversaciones cotidianas, fue calando en la mente de habitantes de Siloé.

Después, algunos integrantes del movimiento llegaban a las casas a hablar con la gente, les comentaban sobre la lucha y pedían su apoyo, que se pedía por la causa y era voluntario. La propuesta, en términos concretos, era “*cambiar el sistema de gobierno*”. También salían a marchar por las calles con antorchas, porque como Dylan me comenta: “*había muchas cosas que reclamar, los derechos, la pobreza*” las condiciones de vida cotidiana, porque “*el carro de la basura no subía a la loma*” y “*en la calle había montones de basura*”, porque muchos no tenían servicios, comida o trabajo. Me dice: “*en la loma, en los tugurios, ¿quién no va a necesitar alimentos?*” cuando recuerda las

promesas del Eme de tomar de los más ricos para darle a los más pobres, de atacar a las grandes empresas de alimentos.

Dylan fue presenciando y participando parcialmente de la dinámica barrial cambiante a raíz de la campaña del M-19. Con apoyo de algunos de sus integrantes, el 2 de mayo de 1982, en la madrugada, se reunieron varios habitantes de Siloé para realizar una toma de terrenos en el sector que hoy se conoce como Brisas de Mayo, donde más tarde iba a residir Dylan con su madre. Se hacían construcciones y al otro día venía la policía a tumbar las casas, a *“echarles candela”*, hasta que después de mucha lucha, y de un incidente en el que murió un joven del barrio, asesinado por los carabineros, se logra el asentamiento. Me cuenta que se fue acercando a la idea de pertenecer al movimiento.

Cerca de 1984, aunque no recuerda una fecha exacta, Chucho lo motivó, le dijo: *“ve, vamos a meternos con ellos, mire que se ven las marchas, se ve la masa, vamos”*. En ese momento se decidió, cuenta: *“yo me uní porque la situación estaba muy mala. Pero yo trabajaba, y en el tiempo que me quedaba libre, iba”*. A pesar de saber manejar armas, nunca participó de los enfrentamientos armados, durante todo el tiempo de su militancia trabajó en el área logística, donde cumplía unas funciones específicas, como cargar materiales y armamento, o a veces prestar su lugar de vivienda para almacenarlos. En esto su madre también fue un apoyo, les daba alimentos y techo a los otros combatientes, y permanecía cerca cuando se reunían con sus hijos en su casa de Brisas de Mayo.

La forma de funcionamiento de la organización era *“compartimentada”*, lo que significaba que las tareas de unos grupos eran en muchos casos de conocimiento exclusivo de sus integrantes, y por ello tampoco se sabía con precisión qué hacían los miembros de más alto rango, ni qué pasaba en la central de mando. Esta era una forma de mantener la

confidencialidad y seguridad al interior del movimiento, que podía ser infiltrado, y se mantenía en un estado de persecución constante. Me cuenta que la acogida fue grande, que en ese tiempo el “*Eme gobernaba la loma*” y no dejaba entrar a la policía. Sin embargo, también me cuenta que era una época dura, porque “*no tenía tranquilidad*”. El DAS y el B-2 organizaban operaciones en conjunto, donde hacían inteligencia, ubicaban a los militantes y los desaparecían, y así pasó con varios de sus amigos. Como él lo menciona, esa situación “*da mucha psicosis*” y por momentos llegaba a desconfiar de los mismos compañeros.

El movimiento se empezó a desvincular cuando mataron a Carlos Pizarro, y cada cual “*cogió su rumbo*”. Después vino la negociación y la reinserción, donde muchos se entregaron, Dylan no quiso. De sus compañeros muchos se fueron de la ciudad o del país, por seguridad, porque en ese tiempo vinieron las masacres y aumentaron las desapariciones forzadas, no solo de los exmilitantes del M-19, sino de otros combatientes en proceso de reinserción, como aquellos de las Farc que fundaron la Unión Patriótica.

A otros les fue mejor, porque accedieron a los beneficios que daba el Estado a los desmovilizados, como la concesión de tierras o taxis. Dylan tampoco quiso participar de estos procesos, en parte porque sentía desconfianza por la experiencia de un compañero que desapareció después de recibir los terrenos, y en parte porque no le interesaba. Me dice: “*yo no me metí en nada de esas cosas porque no me gustaba, yo solo observaba*”. Y cuando recuerda su lugar en el Eme me cuenta que participaba porque le “*nacía en el corazón*” y de forma desinteresada. Hacia el final de nuestra charla me cuenta que siente nostalgia: “*porque todo se va acabando, llegar a una unión, a un empuje, a una revolución y luego acabarla, una negociación y se acabó, y ya*”.

Hoy lleva una vida tranquila en su rancho en Brisas de Mayo, donde tiene montones de cuadros, suyos y ajenos, banderas del M-19 y fotos de personajes históricos como Gaitán. Anda por el barrio, pinta, trabaja en jardinería cada que tiene la oportunidad y apoya a su comunidad de distintas formas. Cuando lo contacté por primera vez me recibió amablemente, siempre que iba a su casa a conversar me ofrecía café o algún preparado que tuviera a la mano, y cuando me despedía a veces me acompañaba a la estación el Mio Cable o me bajaba en su moto a coger el bus. En nuestro último encuentro le comenté que ya habíamos culminado el trabajo, a lo que no le prestó mucha atención, y después me preguntó: “¿entonces cuándo va a volver para que charlemos?”.

Análisis del relato de vida

Dada la naturaleza del método de relato de vida, lo que se persigue con el análisis es una reconstrucción de los hechos que da cuenta de un sujeto político actualmente constituido. Es decir, en cada expresión del discurso, la relaboración que da lugar al relato permite aprehender los significados que están presentes en la instancia de actuación vigente. Por ende, no se busca una mirada reconstructiva objetiva o exacta de los significados que acompañaron los hechos en su vivencia situada, sino una mirada interpretativa que, de la mano con las situaciones narradas, permite entender al sujeto como es hoy, a partir de asociaciones probables y evidenciables en la acción política y el discurso actuales.

Como se ha advertido en otro trabajo con narraciones reconstructivas que busca indagar sobre la subjetividad de los actores políticos (Luna, 2007), el relato de vida es un método complejo, que presenta muchas posibilidades de interpretación y análisis. Lo que se pretende en las páginas siguientes, es presentar una perspectiva diacrónica que recoge y

arriesga asociaciones posibles entre los elementos más dominantes del discurso que singulariza al interlocutor, pero no está exenta de valoraciones alternativas a discreción del lector. Por ende, este ejercicio tiene un carácter aproximativo y exploratorio.

Teniendo esto en cuenta, el análisis se divide en cuatro bloques principales, uno para cada conjunto de ideas e ideales que conforman al sujeto político en lo indagado a partir de las entrevistas. Estos conjuntos, permiten no solo ir caracterizando la subjetividad en lo que respecta a la actuación actual, sino retomar los elementos constitutivos del pasado que, en su proceso de entendimiento y elaboración, dieron lugar a su construcción.

El primer bloque, hace referencia a las ideas en torno a la educación y la infancia, y permite una mirada comprensiva y reconstructiva de una experiencia traumática en la niñez cruzada por vivencias de maltrato, profundamente estructurante y fundamental para entender el desarrollo posterior. El segundo bloque retoma las ideas en torno al trabajo, y permite el entendimiento de la construcción de significados en torno al inicio y continuación de la etapa laboral. El tercero discute las ideas de cambio social, emanantes del conjunto de sentidos que se adquieren en la militancia del M-19, y van a englobar y sintetizar algunas de las nociones pasadas, aportando a una consolidación de lo político que se expresa en acción. Finalmente, el cuarto indaga en los pensamientos en torno a la desarticulación del movimiento, y busca una comprensión de su lugar de afirmación actual con respecto a la lucha social, y algunas reflexiones en retrospectiva sobre su forma particular de participar como militante.

I. Discurso en torno a la infancia y la educación: primeros años de vida y coyuntura del trauma

En un momento de nuestra conversación, hablando sobre las experiencias complejas de su infancia, Dylan me compartió su pensamiento sobre los niños y la forma en que deben educarse:

Corregir a un niño con violencia no es bueno, hay que formarlo como ser humano y como persona. Los niños se educan, y se les va dando una forma de vida mejor, para que ellos aprendan. Un niño desde pequeño aprende cuando hay armonía, ellos van explorando su inteligencia. Pero si lo violentan y todo eso él nunca va a aprender. Nunca va a aprender nada y se va a volver una persona violenta. ¿Cuánta gente no se volvió violenta en esa época? (minuto 58:46, audio 7).

Desde el primer momento, relaciona sus experiencias de violencia en la infancia con un juicio negativo de su valor en el proceso de aprendizaje. Considera que el entorno adecuado para la formación de los niños debe ser de “*armonía*”, a partir del cual van a poder explorar y desarrollar su inteligencia. Contrariamente, cuando los violentan, la posibilidad de aprendizaje de algún modo queda truncada, y se va a predisponer una reproducción del comportamiento agresor.

La primera expresión del sujeto político en el discurso surge a partir de esta reelaboración de su experiencia traumática, que le permite entender de manera general algo de lo que pasó, y expresarlo en una forma de pensamiento tendiente a la búsqueda de una transformación en la forma de educar. Como se verá en el análisis siguiente, lo que sucedió en sus primeros años de vida tuvo implicaciones profundas desde lo simbólico y lo

afectivo, y configura hasta el día de hoy algunas de sus formas de hacer y situarse en el mundo.

En la reconstrucción de la historia de vida es evidente como la infancia de Dylan fue marcada por una serie de sucesos altamente estresantes, que desembocaron en su desafiliación del sistema escolar e, intermitentemente, de su lugar en la familia. Cuando no respondía a las asignaciones o desobedecía a la maestra, recibía de su parte un castigo físico fuerte, que era reproducido en casa por su madre al enterarse de su desempeño. Cuando la situación se hizo insostenible, Chucho (su hermano) le propuso asignarse tareas en casa, para aprender lo que les enseñaban en el colegio sin tener que ver a la maestra que los agredía, y desde ese momento abandonaron la escuela.

- **Adopción de un lugar simbólico *no participante***

En algún momento, hablando sobre la forma en que cree que hubiera criado a sus hijos de haberlos tenido, Dylan me comparte un pensamiento fundamental para entender lo que significó la desafiliación en términos simbólicos:

[Me dice que para criar a un niño es importante:] *brindarle amor, brindarle cariño, que aprenda algo en la vida. Haberle enseñado a ser un profesional, a tener un futuro. Porque el que estudia no es un esclavo de la sociedad, es más un socio, como siempre lo he dicho. El que no estudia siempre ha sido esclavo* (minuto 40:00, audio 7).

En lo que implica abandonar la institución educativa y con ello la posibilidad de aprender, aparece una contraposición entre dos formas de ser y pertenecer a la sociedad: la de *socio*, como aquel que participa de forma libre y autónoma, y la de *esclavo*, como aquel que ocupa

un lugar relegado a la obediencia y el trabajo. En su proceso reconstructivo, reconoce la salida de la escuela como la renuncia de la posibilidad de ser *socio* y, consecuentemente, su relegación a un lugar de afirmación de *esclavo*, que va a aparecer en distintos momentos de su discurso. Esta dialéctica, si se quiere, introduce una forma de socialización excluida.

El lugar de afirmación *no participante* de las dinámicas de *socio*, como se le denominará en este análisis, va a aparecer como un elemento simbólico fundamental en la construcción de identidad de Dylan. Esto implica que va a configurar en algunos ámbitos sus formas de elaboración de significados y, consecuentemente, de comportamiento; siempre en diálogo con las particularidades de su experiencia.

En lo que respecta a la entrada en sociedad, los objetivos planteados por Arnett (1995) van a servir como marco analítico base para abordar la experiencia de Dylan. Particularmente, referido al objetivo de la internalización de sentido, va a ser interesante pensar que la ocupación del lugar *no participante*, puede haber favorecido el acogimiento de sentidos en prácticas e iniciativas tendientes a transformarla. Es decir, en formas nuevas de pensarla, antes que en la aceptación de sus nociones comunes.

Los objetivos tentativos, expuestos en el marco teórico, en relación con las fuentes de socialización que son importantes para su realización, brindan una vía de entrada para entender algunas expresiones de subjetividad – subjetividad política en la experiencia del sujeto. En este sentido, son tomados como un recurso teórico y organizativo que, como se verá más adelante, cobran relevancia y pertinencia en un diálogo con las particularidades de la experiencia personal del sujeto.

Antes de entrar en la posibilidad de ese diálogo, es importante indagar con mayor profundidad en la coyuntura que dio lugar a la deserción escolar, y se constituye en la forma de *trauma complejo*. En la secuencia de su experiencia, esta tuvo dos instancias o momentos estrechamente vinculados en sus significados. La primera es la del maltrato escolar, severo, repetido y ejercido por una figura de autoridad fundamental: la maestra. La segunda es la del maltrato familiar, severo, variado en sus formas y ejercido por una figura de autoridad y afecto primordial: la madre.

- **Experiencias de maltrato escolar**

Cuando Dylan se refiere a la escuela, desde nuestras primeras conversaciones, la describe como “*un colegio de terror*” (minuto 11:24, audio 3), y su experiencia como “*dura*” o de “*un estudio con sangre*” (minuto 1:18, audio 2). En las vivencias de castigo físico y psicológico, que involucran azotes y escenarios donde se exponía de manera vergonzosa lo que se consideraba un mal desempeño escolar de los estudiantes, me cuenta que se “*volaba*” porque “*le cogió miedo a la profesora y el estudio*” (minuto 0:40, audio 2).

Lo que es posible extraer de forma directa de su reconstrucción oral, es que el tránsito por el colegio es adherido a emociones fuertes de miedo y terror. Y esta emocionalidad va a ser atribuida primordialmente a la profesora, que desencadena el conflicto. En el proceso de entrada a sociedad, es sabido que:

El maestro es un ente socializador (...) que está sujeto a una dinámica social y cultural particular. Posee una identidad cultural que se sociabiliza en la interacción. Actúa en el espacio del conocimiento, del sentir y del hacer, es afectado y afecta

permanentemente la vida cotidiana de los individuos con quienes se relaciona (Díaz, 1998, p. 24).

Que el agresor sea en este caso el referente de autoridad en la escuela, desencadena todo un proceso de significación que pudo haber favorecido la huida. En el testimonio de Dylan la “*profesora*” aparece aunada al “*estudio*” en sentido que es la encargada de enseñar y propiciar la entrada al mundo que representa el colegio. Como aproximación indirecta, se puede inferir que recibir maltrato de su parte, generó un miedo indiscriminado que se extendió a la institución educativa, a la posibilidad de estudiar y formar parte de sus dinámicas.

El miedo encuentra en las experiencias de violencia un correlato vivo en las creencias que el niño construye sobre su lugar en el mundo. En la literatura han sido descritos los efectos negativos que tiene el maltrato escolar sobre la percepción de la propia valía y la construcción de autoestima, entendida en este caso como “la actitud emocionalmente valorativa de aceptación, respeto y aprecio que cada individuo siente por sí mismo” (Cuya 1994, como se citó en Gómez, 2012, p. 48). El castigo físico repetido, que tiene una connotación formativa no siempre clara para los estudiantes, puede producir y reforzar sentimientos de incapacidad propia frente a la experiencia educativa.

Dada la naturaleza del relato reconstructivo, es muy difícil indagar con exactitud en las creencias que rodearon la experiencia de maltrato escolar vivida por Dylan. Pero las nociones de *no poder pertenecer*, *no poder hacer parte* y posteriormente *no tener un futuro* en torno a la institución educativa y lo que representa, aparecen indirectamente tanto en su propia interpretación del lugar que ocupa en sociedad, como en formas de hacer y pensar que aparecen más adelante en su historia.

- **Experiencias de maltrato familiar**

La segunda instancia de la coyuntura del conflicto tiene que ver con el maltrato en el hogar, ejercido por la madre como consecuencia del mal desempeño en la escuela y acompañado de un reproche por pasar muchas horas en la calle, que era un comportamiento acostumbrado de sus hijos. Dylan reconoce la influencia negativa que tuvo el castigo repetido en casa en su posibilidad de seguir estudiando cuando me cuenta que su hermana Marina “*sí estudió un poquito más, porque era más acomodada a la casa y todo eso...*” (minuto 4:42, audio 2).

En un principio, el castigo de diversos tipos que ejerció la madre a raíz de la situación escolar, en vez de contener y propiciar una posición de entendimiento y trámite de la emocionalidad negativa, dificultó la posibilidad de adaptación a la institución educativa y, consecuentemente, favoreció la desafiliación. Dylan me cuenta que cuando llegaba de la calle y su hermana había delatado que no había ido al colegio o se había “*portado mal*”, su madre se enfurecía y descargaba la ira con él y su hermano, y les pegaba con ramales de cuero “*hasta que les sacaba sangre*”. Consecuentemente, él se iba para la calle, “*porque ya no soportaba la violencia*” y algunas veces dormía en cualquier parte del barrio. Al otro día su madre tenía que ir a buscarlo, y cuando lo encontraba le decía que no le iba a pegar más (minuto 54:20, audio 7).

Cuando Dylan y Chucho le cuentan a su madre que no van a volver a la escuela, ella decide no insistir, y les dice: “*yo no los vuelvo a matricular más, ustedes verán cómo se defienden*” (minuto 12:06, audio 3). Este momento es fundamental, porque sella la desafiliación que se iba a prolongar en los años siguientes de vida, niega rotundamente la posibilidad de reintegrarse y anuncia una posición de abandono, donde la adaptación

necesaria para la vida va a recaer sobre los niños. Cuando se enuncia la frase de “*ustedes verán cómo se defienden*”, quedan en doble vía vedados el referente de socialización de la escuela, y parcialmente el referente de socialización de la madre.

A este respecto, es importante entender que los padres juegan un papel afectivo fundamental al brindar contención y acompañamiento de las emociones de sus hijos, y dicho acompañamiento debe permitir entender y tramitar las emociones y significados que se juegan en la experiencia vital y el proceso de formación. Desde otro punto de vista, también “se constituyen en los principales garantes de los derechos de los niños” (Castañeda, 2018, p. 174), adoptando un lugar simbólico de protectores, que favorece la identificación del hogar como un lugar seguro.

En el caso de Dylan, cuando falla esta función parental, se consolida el lugar *no participante* de los significantes que representa la escuela, que a su vez empieza a extenderse a los significantes que representa la familia, dando paso a una identificación característica. Como dice Tello (2005, p. 1168) “El comportamiento social se configura inicialmente en las relaciones que se construyen en la familia, el vecindario y la escuela, sancionando positivamente ciertos comportamientos y estigmatizando otros, lo que conforma la identidad individual y social de los individuos”. Al castigarse la conducta proveniente del miedo en torno a la experiencia escolar, se produce una acentuación de las creencias de incapacidad, que son difíciles de disociar y entender para el niño, que reproduce sobre sí la noción de *no poder pertenecer* y la carga de culpa.

En los años siguientes a la deserción, la madre va a adoptar en ocasiones una conducta tendiente a culpabilizar los hábitos de andar en calle de Dylan y su hermano, englobada en la decepción de verlos fracasar en lo educativo. Me cuenta que “*los trataba*

mal” por no ir a estudiar (minuto 55:00, audio 7), que les ponía la ropa de su hermana para que les diera vergüenza salir, o los encerraba (minuto 50:35, audio 7).

En un movimiento contrario, lo que enuncia la conducta de Dylan y su hermano es el encuentro de un lugar seguro, lejos de las experiencias de maltrato, en sus jornadas de andar en calle, donde van a encontrar sensaciones gratificantes. En sus primeras referencias a su estilo de vida me cuenta: “*yo era muy rebelde, salía y me gustaba mucho caminar. Le decía a mi hermano: ‘vámonos’ por allá a las calles, recorriamos todo San Fernando, Tequendama, La Nueva Granada...*” (audio 1, minuto 9:40). Y reconoce paralelamente el conflicto que eso representaba: “*a nosotros nos gustaba mucho la calle, pero mi mamá nos daba unas palizas...*” (audio 2, minuto 0:05).

- **Comprensión del trauma psicológico**

En el período inicial de la entrada a las dinámicas sociales, que es definido en la literatura como *socialización primaria*, el rol de la familia y los referentes primarios es fundamental y prácticamente exclusivo. Es en esta etapa donde el niño se introduce a la sociedad, en sentido que empieza a entender la existencia de un mundo objetivo, conformado por significados ajenos o aún no interiorizados, encargados de la socialización. Este proceso en particular es de extrema importancia para el individuo, y es el sustrato del cuál se va a desprender la socialización en etapas posteriores (Berger & Luckman, 1968).

Por este motivo, el impacto de situaciones estresantes o condiciones adversas es mayor en la infancia, porque no afecta a un ser humano biológica, psicológica y socialmente maduro, sino a un niño en fase de desarrollo que necesita de un ambiente de protección y estabilidad (López-Soler, 2008). Ese impacto, cuando es negativo, en relación

con los recursos que tenga el infante para enfrentarse a su experiencia, puede constituirse en un trauma psicológico, “un acontecimiento presente en la vida de casi todo ser humano en la medida que todos hemos tenido algunas experiencias que han determinado patrones de comportamiento que en el momento presente resultan disfuncionales” (Salvador, 2009, p.5).

En su definición clásica, el trauma psicológico se entiende como:

El resultado de la exposición a un acontecimiento estresante inevitable que sobrepasa los mecanismos de afrontamiento de la persona. Cuando las personas se sienten demasiado sobrepasadas por sus emociones, los recuerdos no pueden transformarse en experiencias narrativas neutras. El terror se convierte en la fobia al recuerdo que impide la integración (síntesis) del acontecimiento traumático y fragmenta los recuerdos (...) (Pierre Janet 1919, como se citó en Salvador, 2009, p. 5).

Lo importante a destacar para este análisis, es que el trauma viene a ser el resultado de una situación difícil o dolorosa, que en su momento no pudo ser tramitada o afrontada por los mecanismos disponibles y, como tal, aparece comúnmente en todo proceso de desarrollo. Esto, consecuentemente, deriva en una amalgama de significados, recuerdos y asociaciones no completamente integradas, difíciles de acceder y entender desde la consciencia. Como explica Salvador (2009), cuando lo traumático ocurre en un período vital prolongado, donde la calidad afectiva es baja, y se está constantemente expuesto a maltrato físico y psicológico, o experiencias de abandono, el niño puede carecer de relaciones personales que le permitan afirmarse y reconocerse a sí mismo como digno y valioso. A esta tipología

se le define como *trauma acumulativo* (Salvador, 2009) o *trauma complejo* (López-Soler, 2008).

Salvador (2009, p. 6) también enfatiza que cuando la situación estresante es repetitiva y duradera (crónica), especialmente en casos donde no hay una figura de afecto alternativa a la que reproduce la violencia, que ofrezca protección y cuidado, el niño puede tratar de “hacerse invisible”, retirándose y refugiándose en sí mismo, buscando recursos propios para protegerse y consolarse. Aquí puede aparecer un patrón de comportamiento solitario, retraído, donde se favorece la aparición de creencias disfuncionales del tipo: “no valgo”, “soy culpable de lo que pasa”, “soy una carga”, “los demás no me quieren ni me comprenden”, entre otros.

La apuesta del análisis en esta etapa de desarrollo de Dylan, propone que la vivencia de maltrato escolar y familiar repetida y sucesiva, constituyó un *trauma complejo*. Es decir, constituye una vivencia dolorosa compleja (compuesta por distintos episodios), con efecto actual, no completamente tramitada, y donde muchos de los significados escapan a su entendimiento. Una frase en especial que me comparte en su ejercicio reconstructivo da luz sobre la coyuntura:

Cuando a usted lo castigan desde niño usted se vuelve violento. Entonces es que coge usted una vida de violencia. Eso lo marca a uno (...) y puede ser que se vuelva violento también. Porque uno tiene un resentimiento hacia otras personas, yo por ejemplo a esa negra que me dañó mi vida y mi estudio no quisiera volverla a ver nunca más (minuto 57:24, audio 7).

Hay dos elementos de la cita que merecen especial atención. El primero es el reconocimiento directo y espontáneo que hace Dylan de la experiencia de maltrato como algo que “*lo marca a uno*”. Desde su entendimiento, reconoce que la vivencia dolorosa tiene un efecto actual, que se refiere no solo al suceso situado o compartimentado, sino a su vida en una comprensión general, que ha sido *dañada*. Este reconocimiento aparece relacionado con la creencia de *no tener un futuro* asociada a la posibilidad negada de estudiar en el colegio.

El segundo, que da cuenta de la forma en principio incompleta o limitada entender y tramitar lo afectivo, propia del trauma, es que la culpa está puesta con acento emocional de resentimiento casi exclusivamente en la maestra (“*esa negra*”), formando un dique que impide por lo menos de forma parcial la responsabilización de la madre, como segunda figura fundamental en la coyuntura. Esto puede suceder precisamente por la ausencia descrita de una figura de afecto alternativa, como pudo ser el padre, ya que culpabilizar a la madre podría significar en términos simbólicos y afectivos *quedarse sin nada*, o ser relegado a una posición de soledad casi absoluta.

Lo que aquí se hipotetiza es que la secuencia de las experiencias de maltrato, escuela-hogar, aunó en la coyuntura traumática las creencias y significados referentes a *no poder hacer parte* de la escuela o *tener un futuro*, con las creencias referentes a *no poder hacer parte* de una familia, constantemente culpabilizadas. El *daño* que Dylan enuncia en la visión retrospectiva de su vida, se extiende en distintos ámbitos porque no poder acogerse a la escuela significaba en su vivencia cotidiana no poder acogerse al hogar. El castigo físico por parte de la madre es reconocido como consecuencia del desempeño escolar, que acarrearía necesariamente el castigo físico impartido por la maestra. En lo que

sigue, Dylan va a encontrar una forma particular y propia de construcción de significado marcada por un conflicto en la adaptación a las dinámicas comúnmente aceptadas en la sociedad (y por ende la emergencia de dinámicas propias), tanto en lo relativo al trabajo y la vida cotidiana, como en lo relativo a la constitución de una familia. Esto se verá más adelante en sus distintas instancias de desarrollo.

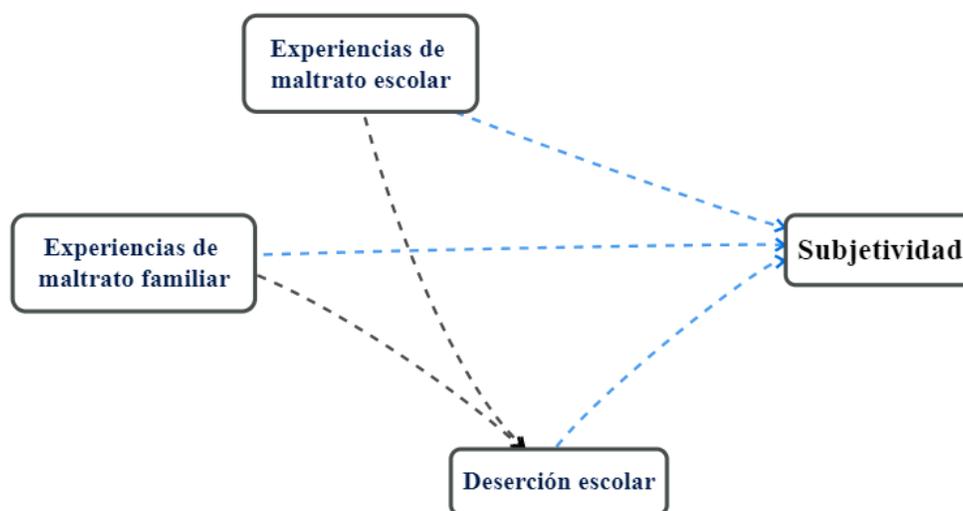


Figura 1: coyuntura del trauma

Lo que en un principio de este apartado se señaló como la adopción de un lugar de afirmación *no participante* de las dinámicas de *socio*, tiene como base la experiencia traumática, que va a aparecer desde las creencias limitantes contenidas en lo referente a la participación de ciertas posibilidades de la sociedad, y se expresa como una huella mnémica dolorosa que predispone un comportamiento en algunos ámbitos retraído, y que va a favorecer la adopción de un sistema de creencias por fuera de lo institucional o comúnmente aceptado. Su propia enunciación de la posición que ocupa, se va a presentar como un símbolo en la identificación de sí mismo como *esclavo*, y anuncia un conflicto

permanente y significativo entre lo que representa el lugar al que ha sido relegado y el rechazo a lo que significa en sus creencias el lugar negado.

Es decir, Dylan va a encontrar en su proceso de significación tanto una posición afirmadora de crítica frente a lo que representa el lugar de *socio*, como una posición de inconformidad frente a lo que significa el lugar de *esclavo*, que favorece la búsqueda de transformación o emancipación. Este conflicto, que se funda en el período de desafiliación consecuencia de la coyuntura del trauma y los años siguientes, va a dar lugar a algunos elementos fundamentales en su discurso, constitutivo del sujeto político.

- **La forma de socialización en la adaptación**

La teoría de Arnett (1995), habiendo aproximado una comprensión de la coyuntura del trauma, va a hacer de puerta de entrada a la comprensión de algunos comportamientos y pensamientos expresados en el sujeto político en distintas fases de su desarrollo. En un principio, las reflexiones en torno al control de impulsos, aunadas a las nociones en torno a la adopción de roles sociales, van a contribuir a explicar del período de desafiliación y la forma en que Dylan se relaciona con el trabajo. Y las consideraciones en torno a la internalización de sentido, van a abrir la puerta para pensar en la construcción de una forma de afirmación con sentidos alternativos que dio paso a la militancia en el M-19. A partir de ahí, la profundización en las particularidades que dieron vida a la acción política del sujeto, se construye en estrecho diálogo con las experiencias personales y los significantes del trauma. Estas aproximaciones se encuentran en lo que se podría denominar “consecuencias” de la forma de socialización de Dylan, caracterizada por la desafiliación parcial de dos figuras fundamentales en el desarrollo primario (familia, escuela) y, como se verá más adelante, un protagonismo mayor de la figura del par.

Lo que se expresa en relación con las ideas tomadas del discurso de Dylan que se expusieron al principio de este apartado, es un proceso de resignificación que da lugar a formas características de pensar el mundo, vinculadas con la experiencia pasada. Este proceso se observará en los apartados sucesivos, sobre los distintos conjuntos de ideales.

Paralelamente, se irá prestando atención a las fuentes de significado también constitutivas que posibilitan una forma de reinterpretación positiva o, en otras palabras, tendientes a generar una disposición adaptativa. Entre estas se encuentran los valores inculcados por la madre, que hacen parte del proceso formativo que acompañó las experiencias del trauma, como un contrapeso importante en el proceso de crianza; así como los valores e ideales progresivamente interiorizados del discurso del M-19, que van a favorecer la posibilidad de pensar en un mundo mejor, como elemento integrador de las convicciones de Dylan.

II. Discurso sobre el trabajo: desafiliación e inicio de la etapa laboral

Dylan tiene una alta valoración de lo que representa el trabajo. En sus propias palabras, lo enuncia como “*digno*” y “*sagrado*” (minuto 11:12, audio 7), contándome que a ningún trabajador deberían faltarle con el salario. Como se verá más adelante en su testimonio, la búsqueda de mejores condiciones laborales es una de las motivaciones fundamentales de su militancia en el M-19, y expresa su inconformidad en estos términos:

Me siento inconforme en que no hay oportunidades a veces para uno. Que si yo tengo que ir a una empresa tengo que esclavizarme todos los días, y trabajar 8 horas esclavizado en una empresa. Para mí eso no. Llegar a un horario y sin tener que comer tener que salir corriendo todos los días... Nunca me gustó eso, cumplir

un horario y violarme mis derechos como persona y ser humano, irles a cumplir allá y marcar una tarjeta (minuto 5:02, audio 5).

Unas mejores condiciones comprenden en su perspectiva tanto la disponibilidad de oportunidades, como una forma de trabajo que sea alternativa a la socialmente instituida y aceptada, en normativas como las referentes al horario. Partiendo de ahí, el juicio que hace de la dinámica laboral común en su discurso actual, es negativo en tanto que constituye una violación a sus derechos como persona y ser humano.

Para entender la forma en que da lugar a esa perspectiva, constitutiva de sus ideas y formas de afirmación en lo referente al trabajo, es necesario observar en retrospectiva las vivencias tempranas que determinaron su entrada al mundo laboral que, naturalmente, son consecuencia y correlato de las experiencias de la infancia.

- **Período inicial de desafiliación institucional y socialización**

En los años siguientes a la deserción escolar, Dylan entró en un período de desafiliación institucional caracterizado por jornadas extensas de andar en calle, con poca supervisión de su madre y sin ningún tipo de vínculo con las dinámicas escolares. En varias ocasiones me cuenta que dedicaba su tiempo a caminar, recorrer distintos barrios de Cali y, cuando podía, participar de algún trabajo informal como cargar materiales o alimentos, hacer mandados, ayudar a vender frutas, entre otros.

Para Dylan, en lo que respecta al mundo laboral, la posición de desafiliación institucional dio lugar a una forma de socialización caracterizada por la interiorización de comportamientos y significados próximos a una dinámica de trabajo informal, antes que la interiorización de las normas y convenciones que rigen la dinámica de trabajo formal

comúnmente aceptada en la sociedad moderna. Esto va a predisponer una forma de trabajar y situarse frente al mundo laboral que da luz a su discurso y su posición de crítica.

Como señala Yubero (2004), en el proceso de socialización se juega un doble aprendizaje fundamental de: 1) los comportamientos apropiados para desempeñarse en el contexto en que el individuo se encuentra insertado y 2) los valores y normas que determinan y regulan esos comportamientos. Lo que se desarrolla progresivamente en el tránsito a la independencia es la capacidad de autorregulación, en medida que la interiorización de los comportamientos y normas permite al joven un desenvolvimiento autónomo, donde paulatinamente se prescinde del control externo más necesario en etapas tempranas, ejercido por las figuras de autoridad primarias.

Cada individuo va a aprender a desenvolverse en su mundo social a través del aprendizaje de los comportamientos y la interiorización de las normas que lo rigen. Y, la capacidad de autorregulación o control de impulsos, que ya mencionaba Arnett (1995) como objetivo fundamental de la socialización, es la que permite autonomía en medida que deja de ser necesaria la regulación de una autoridad externa para participar del medio. Si no se adquiere esta capacidad, la posición individual puede fácilmente quebrantar las normas de comportamiento comunes, imposibilitando la adaptación.

Lo que es importante puntualizar, es que tanto el aprendizaje de los comportamientos como la autorregulación son relativas al medio social al cual se pretende la entrada. Una forma de actuación perfectamente funcional en un contexto particular, puede ser disruptiva en otro regido por dinámicas distintas. La conclusión natural en el proceso de socialización de Dylan, como lo va a mostrar el relato reconstructivo, es que su experiencia le permitió adaptarse a las formas de vida y trabajo en las que participó, dentro

del contexto de desafiliación del lugar *no participante*, que compartía con sus pares y otros actores. Pero, consecuentemente, le negó la posibilidad de interiorización de las normativas que rigen las dinámicas laborales formales, propias del lugar de *socio*, o comúnmente aceptadas en la sociedad moderna.

En lo sucesivo, como se enunció al principio de este apartado, Dylan va a otorgar una alta valoración a lo que significa el trabajo, y va a encontrar experiencias gratificantes en su ejercicio; y, paralelamente, va a situarse en él desde una posición de crítica a las normativas y dinámicas de la formalidad comúnmente aceptada. Pero antes de retomar su discurso, se debe hacer una mirada reconstructiva de su proceso de afirmación, que se produjo en el período de desafiliación concordante con la emergencia y tránsito de la adolescencia.

- **Adolescencia y entrada a la etapa laboral**

El período de desafiliación, que duró aproximadamente 7 años en su forma más aguda, es concordante en la vida de Dylan con el inicio y desarrollo de la etapa adolescente, entre las edades de los 7 y los 14 años.

Como es sabido, la adolescencia es un estadio fundamental en el desarrollo porque, entre otras cosas, presenta el conflicto de la búsqueda de identidad, entendiendo esta como “la vivencia o sensación que tenemos los seres humanos de ser nosotros mismos, así como todo lo que nos permite ser distintos ante otros” (Carvajal, 1993, p. 70). Progresivamente, esa búsqueda va a tender a la afirmación en un lugar de identificación adulto, diferenciado, que se logra en un diálogo entre las primeras relaciones objetales-parentales adquiridas en el proceso de formación, y la observación de la realidad que ofrece el mundo social

(Aberastury, 2004). Dependiendo de su contexto, sus recursos y los aprendizajes interiorizados en su estado actual, el adolescente va a buscar por distintos medios la separación de los referentes parentales, intentando encontrar un mayor protagonismo en la construcción de su mundo social (Yubero, 2004).

El comportamiento de Dylan en la etapa de desafiliación, aunque responde a las condiciones de su hogar y la forma de crianza de su madre, es de alguna forma concordante con las tendencias adolescentes, en medida que vuelca su atención e interacción hacia figuras externas a las parentales. Su hermano, otros pares y personas, van a ser sus referentes predominantes en la resolución del conflicto y la búsqueda de identidad. La particularidad a la que hace falta prestar atención, es que en su caso esa apertura al mundo exterior tiene un origen temprano, y está cruzada por la ausencia de figuras de contención en el hogar que le ayuden a entender lo que experimenta en las calles.

Como se narró en la reconstrucción del relato de vida, Dylan empieza el desarrollo de su oficio alrededor de los 14 años, cuando una pareja de habitantes de Siloé le propone irse con ellos a trabajar en el campo. Puntualmente, recuerda que en el momento de su primera salida le dijo a su madre: *“yo me voy a ir a trabajar porque aquí no hay nada que hacer”* a lo que ella le respondió: *“mijo, pues usted verá, váyase”* (minuto 15:00, audio 3).

El trabajo en jardinería se convirtió en un elemento estructurante, que fue transformando en alguna medida los hábitos del período de desafiliación más agudo, donde, en sus palabras: no había *“nada que hacer”*. Después de empezar a trabajar, cuando estaba en la ciudad, me cuenta que a veces salía a andar en la calle por las noches, pero por lo general se ocupaba en el día (minuto 49:30, audio 7). Entonces empieza a suceder un

cambio de estructura, que, según se hipotetiza, favorece la resolución del conflicto adolescente.

En una de nuestras primeras conversaciones, cuando me cuenta sobre sus compañeros del colegio, me dice que muchos de ellos también desertaron, terminaron en las calles o cayeron en consumo de drogas, y se diferencia enunciando: “*yo no, porque entendí que la vida es una sola y [hay que] vivirla y trabajar*” (minuto 13:40, audio 3).

Más adelante, hace un ejercicio de síntesis:

En el estudio anteriormente le daban a uno garrote, le pegaban. Ese fue el motivo de no estudiar, le cogí miedo a la profesora, a mi mamá. Yo no estoy de vago porque me dediqué a la jardinería, irme al campo a trabajar porque una familia me llevó a trabajar. Fui a trabajar y me gustó el campo (minuto 45:30, audio 7).

En su testimonio, hay tres elementos importantes a ser destacados. El primero es el reconocimiento de *lo que pudo ser*, que hace a partir de la observación de las vidas de sus pares. Lo que enuncia en relación con el conflicto adolescente, es una búsqueda de identidad que está cruzada por la posibilidad de experiencias negativas en torno a la forma de vida. La diferenciación, la toma de posición en un lugar propio, implica la capacidad de optar por un camino distinto a ese indeseable que fue común entre sus compañeros.

El segundo es la reivindicación del trabajo y, específicamente, la oportunidad laboral que le fue dada, como un factor determinante en la posibilidad de situarse en esa posición diferenciada. Desde su asociación espontánea, ejercer su oficio como jardinero es lo que le permitió una forma de vida distinta y mejor a la de sus pares y, como se verá en

los testimonios siguientes, asumir una identidad próxima a su labor en la naturaleza, que lo define hasta el día de hoy.

El tercero y último, es la vinculación del conflicto adolescente relativo a la desafiliación, con las experiencias de maltrato de la coyuntura traumática. Por la forma en que lo enuncia, es posible pensar que el miedo y las creencias limitantes asociadas a la vivencia dolorosa, pueden haber predisposto una adolescencia angustiante, expresada en una duda sobre la posibilidad de vida en la posición de excluido. Cuando dice que no estudió porque le cogió miedo a la profesora y a su madre, seguida y espontáneamente, asocia la deserción a la consecuencia de “*estar de vago*”, y el trabajo en el campo a la posibilidad de escapar a esa consecuencia.

A manera de hipótesis, se propone que el trabajo puede haber ayudado a tramitar algunas de las inseguridades erigidas en el momento del trauma, vigentes en el conflicto adolescente, al brindarle la posibilidad de adaptarse a su medio y encontrar un lugar desde el cuál afirmarse y cumplir un rol. Es decir, la identidad asumida en su oficio de jardinero, puede haber favorecido una resolución del conflicto adolescente, dando paso a una forma de vida y un lugar de afirmación propios, distintos a los comunes o imperantes entre otros iguales que tuvieron vivencias parecidas, en un contexto compartido.

Esta resolución que se favorece con la entrada al mundo laboral, empieza a dibujar en Dylan la aparición del sujeto diferenciado y situado de los que se hablaba en el marco teórico, y que Alvarado, Patiño & Loaiza (2010) consideran característicos de la dimensión política subjetiva, en sentido que permiten el propio reconocimiento “en un contexto histórico de producción particular, pero a la vez (...) en relación con otros que son y están ubicados en lugares de afirmación distintos al suyo” (p. 860). La toma de distancia que da

lugar a la toma de posición diferencial, es base en el proceso de construcción subjetivo que presenta la posibilidad de ejercer agencia en su medio social.

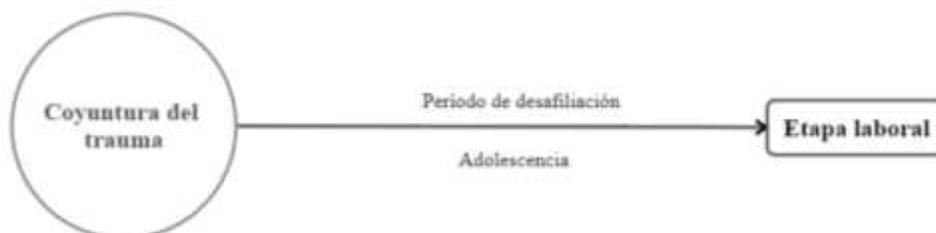


Figura 2: período de desafiación y etapa laboral

En distintos momentos de nuestras conversaciones, Dylan expresa emociones gratificantes cuando habla de la jardinería. Me dice que se siente feliz cuando ha *“sembrado un árbol y le ve todos sus frutos”* (minuto 22, audio 7), y que encuentra bienestar en el campo. Y en otra ocasión se identifica diciéndome: *“[yo] siempre he sido jardinero, me ha encantado, para mí lo más maravilloso es la naturaleza, las plantas, los árboles. Para mí es importante eso, la jardinería”* (minuto 10, audio 4).

Esta aproximación al papel que jugó y juega la jardinería en su vida, propone una posible explicación a la alta valoración que hace del trabajo en su discurso político. Como se ha venido tratando, no solo constituye uno de los pilares de su identidad como hoy la enuncia, sino que constituyó, en su adolescencia, una oportunidad de diferenciación fundamental, que dio paso a una forma de vida alternativa a la de muchos de sus pares, concebida como indeseable.

A este respecto, es posible mencionar otro factor incidente, que da cuenta tanto de la forma de resolución del conflicto adolescente, como de su valoración del oficio: el

acogimiento de los valores relativos al trabajo inculcados por la figura maternal. Dylan describe a su madre como una mujer trabajadora, que siempre les inculcó honestidad y rectitud. A este respecto, la vuelta al modelo parental que predispone una aceptación, es concordante con la posibilidad de resolución del *conflicto adolescente juvenil*, donde el joven empieza a distanciarse del grupo de pares donde ha volcado la atención casi completamente en una instancia pasada, esta vez desde una postura más propia y consciente (Carvajal, 1993).

- **Comprensión de la inconformidad y discurso crítico en torno al trabajo**

La identificación de Dylan en torno a su oficio, así como la alta valoración, vienen acompañados de una forma de trabajar que asume como propia, y está caracterizada por la flexibilidad, entendida en términos de una compatibilidad con sus actividades y deseos personales. En alguna ocasión, me comentaba que le “*pone amor*” a la jardinería, pero llega a su horario, y si los clientes se enfadan se va “*para otro lado*” (minuto 30, audio 7).

También me cuenta:

La independencia es buena (...), trabajar, sí, hacer una labor, profesionalizarse en algún oficio e independizarse. Ya al ser independiente uno sabe que tiene que llevar un horario. Llega a cierta hora, pero si le cogió diez minutos o una hora más tarde, puede llegar a ese lugar. No que tenga que estar en el instante (minuto 21, audio 7).

Lo que se juega en primera instancia es, como se mencionó, la particularidad de su proceso de socialización, como uno que permitió el aprendizaje e interiorización de los comportamientos y normas de una forma de trabajo informal, sobre las convenciones de las formas de trabajo formal, más propias de las dinámicas comúnmente aceptadas en la

sociedad. Esto, naturalmente, enuncia la aparición de un conflicto entre el ejercicio de su oficio, con la flexibilidad que lo caracteriza, que lo carga de identidad y emociones gratificantes, y las oportunidades para ejercerlo que ofrece un sistema regulado por instituciones más rígidas, particularmente para aquellos que no ostentan el lugar de *socio*.

En algún momento, enuncia una forma de percibirse frente al mundo laboral:

Yo me enfermo sin hacer nada, yo tengo que estar funcionando, como una máquina.

O sea que ya en la sociedad me enseñaron que tengo que estar como una máquina.

Tengo que estar allá, acá, pero ya se acostumbra uno a ser como una máquina

(minuto 48:30, audio 7).

Y esta concepción propia como máquina de trabajar, encuentra una crítica social en su juicio sobre las empresas:

[Las empresas] absorben al ser humano y lo tienen como máquinas de producir

nomas. Los empresarios solo ven al ser humano como máquinas de producir. Le

violan los derechos desde que vienen a levantarlo y tiene que marcar tarjeta. Usted

tiene que levantarse e ir a marcar tarjeta (17:55 audio 7).

Las empresas, en este caso como representantes de una forma de trabajo formal, ampliamente acogida en sociedad, son las encargadas de relegar al ser humano a una posición de máquina, despojándolo de sus derechos. En esta posición, donde Dylan también se percibe incluido al menos momentáneamente, es donde se pierde la autonomía frente al propio tiempo y la forma de trabajo, y se instaura una relación esclavizante, como antes lo menciona, que tiene como elemento referente el acto de “*marcar una tarjeta*”.

El malestar que se evidencia en la demanda política de Dylan, parte del hecho que, en esta institucionalidad del trabajo propia de la sociedad moderna, trabajar desde el lugar de afirmación (*no participante*) construido en su forma de socialización, representa la aceptación de la posición de máquina o de esclavo. Lo que busca desde su discurso y acción es, consecuentemente, un cambio de condiciones donde no incluirse como *socio* de la sociedad, no implique necesariamente resignarse a la pérdida de libertad, autonomía frente al propio tiempo o, como él lo enuncia de forma más general, la violación de los derechos humanos. Por ello cuando profundizamos en nuestra conversación en qué consistía esta violación, me dice:

[Entrevistador]: ¿Por qué me dice que le violan los derechos por “marcar tarjeta”?

[Dylan]: Porque si usted está durmiendo tiene que llegar a un lugar a cierta hora. Usted no puede ser feliz ni puede sacar el tiempo para otras cosas, sino que tiene que ir a ese lugar (minuto 18:40, audio 7).

Desde su forma de vida y trabajo habituales, la institucionalidad de la que se encuentra de alguna forma desafiado aparece como intrusiva, y se produce la posición de rechazo.

Referente a su demanda, cuando le pregunto concretamente qué reformaría del sistema actual, me responde: *“sería bueno aquí implementar eso de que usted trabaja por horas. Usted trabaja dos horas aquí, dos horas allá, si no va a trabajar pues no las trabaja o se va a otra parte”* (minuto 20:00, audio 7).

Algo interesante de observar que requiere profundización, es el hecho que esa posición de rechazo coexista en principio de manera ambivalente con lo que podría

denominarse un anhelo del lugar de *socio*, expresado en sus reflexiones sobre la posibilidad de tener descendencia. En el ejercicio proyectivo, ahí donde dice que le hubiera gustado tener un hijo para que aprendiera algo, fuera profesional o tuviera un *futuro*, se evidencia una construcción simbólica de las metas sociales que, en su caso, no tienen forma de sostenerse en la realidad. Es decir, hay una construcción de lo que le gustaría haber hecho, con todas sus implicaciones sociales, pero no se pudo materializar.

A manera de hipótesis, se plantea que el rechazo o la desvalorización de la posición de *socio* que sucede en su ejercicio crítico de las dinámicas sociales comunes y las instituciones formales, puede ser una respuesta adaptativa que tiene como fin la validación de la no pertenencia. La crítica aparece como una forma de tramitar (y, tal vez, disminuir) el dolor del lugar negado cuando este se identifica como indeseable y se desvaloriza desde el discurso, dando paso a un posicionamiento del tipo: *no necesito estar ahí, porque no es deseable*. Esto anuncia que la interpretación de lo institucional en este caso referente al trabajo, nutrida de sus distintas experiencias políticas y sociales, se pone desde lo simbólico en servicio de su adaptación a la realidad que vive, y se erige como una defensa. Un hecho curioso y dicente a este respecto es que la crítica sea férrea, aún cuando la experiencia laboral de Dylan en empresas con instituciones formales es prácticamente nula.

Para mostrar la relación de esta función simbólica con la construcción del sujeto político, es necesario profundizar en lo que representaron y representan en el anhelo social las creencias posiblemente construidas a raíz del trauma. En las conversaciones sobre la posibilidad de tener hijos, en algún momento le pregunté a Dylan por qué no los tuvo, y me respondió que *“el palo no estaba para cucharas”* porque *“uno tiene que ganar buen dinero*

para tener una esposa, tener hijos y todo eso” y terminó diciendo “en estos tiempos que se ha vivido es muy dura la situación” (minuto 37:00, audio 7).

Más adelante, me compartió:

Yo no estudié porque no hubieron muchas oportunidades o tal vez en el tiempo mío me dediqué solo a la jardinería, el monte, el campo, a trabajar en los árboles. Me siento feliz por lo que yo he hecho de sembrar, cultivar. Esa era la forma mía de vivir. Entonces nunca tuve un hijo para haberle enseñado algo bueno, que aprendiera, que fuera un profesional (Minuto 40:30, audio 7).

Como él lo asocia de forma espontánea, no tener hijos y, consecuentemente, no haber materializado el anhelo social, tiene que ver con el hecho de haberse dedicado casi por completo a su labor como jardinero que, a su vez, acarrea la carencia de recursos económicos para garantizar sustento. Su forma de trabajo *no participante*, como se ha venido desarrollando, implica en este caso una doble exclusión de las dinámicas sociales que permiten una mayor riqueza, y de las dinámicas familiares, en sentido que las primeras son prerrequisito de las segundas.

Si se quiere, ahí donde se erige el conflicto que da lugar a la renuncia de la materialización del anhelo social, aparece un correlato de la coyuntura del trauma en su dimensión simbólica. De la misma manera que en la infancia una entrada negada a la institucionalidad a raíz de las experiencias de maltrato escolar también negó en cierta medida la pertenencia al hogar, la no pertenencia actual a las dinámicas comúnmente aceptadas del mundo laboral, niega la posibilidad de formar una familia. Lo que esto anuncia es que el lugar *no participante* de lo institucional asumido en su desafiliación

temprana, sigue expresándose aunado al lugar *no participante* de lo familiar muchos años después de los incidentes originarios.

De aquí, Dylan va a encontrar una forma de afirmarse que le es gratificante en la inmediatez, aún siendo consciente de la renuncia que implica. Una frase suya que expresa bien esta forma de posicionamiento dice: “*no he tenido riquezas, pero he tenido (...) tranquilidad en el campo*” (minuto 23:37, audio 7). Consecuentemente, la satisfacción del anhelo social, inalcanzable en términos materiales, solo va a encontrar la posibilidad de ser pensada y enunciada desde lo imaginario, en su ejercicio proyectivo.

En términos de lo subjetivo expresado en sujeto político, se cree que suceden dos movimientos: en el primero el anhelo social va a ser desplazado a la función imaginaria, donde busca satisfacerse sin incidencia en lo real. Es decir, desde la creación de imágenes y escenarios, Dylan se va a permitir vivir y anhelar aquello que no tiene lugar, por lo menos parcialmente, en su experiencia cotidiana. Esta es, si se quiere, una forma de experimentar y elaborar algunas de las emociones que giran en torno al lugar negado, en ocasiones dolorosas, tramitándolas, y apartándolas en un sentido práctico de su vida diaria.



Imagen 2: pintura de Dylan titulada: “Cocina comunitaria”.

Relativo al recurso de los *documentos personales*, en las pinturas de Dylan aparece una expresión de la función imaginaria en el proceso creativo que conlleva su vocación de pintor. Algo que llama la atención sobre lo que pinta, es que en pocas ocasiones está relacionado con su experiencia en el Eme, o sus ideales de lucha social. La mayoría de sus obras retratan paisajes del campo y, especialmente, imágenes del hogar, que le evocan abundancia. En este sentido, el arte, tanto como el ejercicio proyectivo, aparece como una forma de experimentar desde lo afectivo aquello que en la realidad no encuentra una vivencia plena.

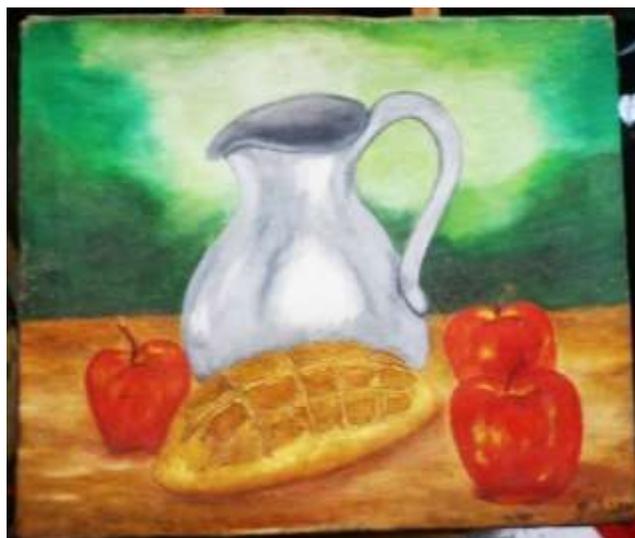


Imagen 3: pintura de Dylan titulada: “El pan”.

La obra titulada *El pan*, como me cuenta, fue realizada como homenaje a su madre, y representa, junto con el pan, tres manzanas frescas y una jarra de chocolate, alimentos que en algunas ocasiones me refirió eran de consumo común en su casa, y le recuerdan su infancia. Cuando le pregunté por qué retrataba este tipo de imágenes, me respondió:

“Porque me parece algo agradable, algo que me llena, cuando tengo fatiga y veo estos cuadros me siento como bien (...). Me parece algo bonito (...) uno ve cosas

ahí (...). Abundancia, ver abundancia, que a veces a uno le falta, pero uno la ve en esto. Cuando me falta a mí entonces me pongo a mirar el cuadro. Entonces es algo que yo miro, o sea, una ilusión mía” (audio 9, minuto 0:00).

La función imaginaria y creativa, podría aparecer entonces como una forma de tramitar la carencia, expresada en las dimensiones materiales y afectivas del anhelo, que le ayuda a enfrentar su cotidianidad. Como tal, se describe un recurso psíquico erigido de su experiencia que, naturalmente, tiene un valor adaptativo. Para cerrar, es posible pensar que lo simbólico del movimiento aparece con fuerza en la enunciación de lo que “*llena*”. Lo que denuncia es la naturaleza del trámite, donde lo imaginario expresado en creación artística le permite al menos momentáneamente, a manera de “*ilusión*”, colmar una falta o vacío.

En el segundo movimiento, se reafirma el lugar *no participante* en la renuncia a la materialización del anhelo, dando paso a una posición profundamente política en su forma de vida y trabajo. En su lugar de afirmación, va a preferir lo que denomina como “*tranquilidad*”, antes que lo *indeseable* de participar en las dinámicas de *socio* en su posición de exclusión, aun siendo consciente de lo que implica. Sobre este último punto es que juegan la desvalorización y la crítica como defensas, en medida que definen lo *indeseable* desde lo simbólico y lo cargan de afecto, favoreciendo una forma de adaptación propia al medio en que se desenvuelve expresada en el rechazo, validando su posición y permitiéndole tramitar el malestar.

A manera de síntesis de este apartado, lo político, si se quiere, radica en esa reafirmación. Su forma de trabajo es un acto de agenciamiento que deviene en resistencia, y expresa la convicción de preferirse libre, antes que resignarse a las condiciones de vida,

como *máquina* o *esclavo*, que determina en su interpretación una sociedad de la cual no es *socio*, aun cuando ello implica la renuncia a un anhelo. Desde la mirada de González Rey (2021 como se citó en Díaz, 2021a), como se discutió en el marco teórico, esta forma de acción es la que constituye al sujeto político en medida que “toma un camino de subjetivación particular, y genera sus propios espacios dentro de los espacios sociales institucionales” (p. 27). En este caso, la particularidad de la experiencia de Dylan y los recursos desarrollados para asumirla, dan paso a una subjetividad política desdoblada en sujeto desde la acción cotidiana, cargada de independencia o, como él lo identifica, *rebeldía*.

III. Ideales de cambio social: entrada al M-19 y resignificación de la experiencia

La entrada al M-19 y la posibilidad de aprendizaje en interacción con sus miembros y consignas, es un momento determinante en la constitución de Dylan como sujeto político. Las secciones anteriores referentes a la reconstrucción de la experiencia que dio luz a algunos conjuntos de significados en torno al relacionamiento social y la política, son de alguna forma base y preámbulo para entender la militancia.

Como sucede en todo proceso de aprendizaje relacionado a la participación con grupos o movimientos políticos cargados de ideales, se cree que Dylan logró resignificar y darle forma a sus experiencias para formular las demandas sociales con cierto grado de claridad que se han venido enunciando desde su narración entendida, naturalmente, como un ejercicio de abstracción hecho sobre su vida y su forma de situarse en su contexto. Este es, entonces, un punto álgido en su construcción subjetiva, que va a contribuir a consolidar un lugar de afirmación vigente hoy en día.

Antes de entrar en el ejercicio asociativo que permite entender la entrada al movimiento y el proceso de resignificación o reelaboración que sucede en él, es pertinente esbozar, a manera de contexto, algunas características generales del surgimiento del M-19 y sus consignas. Habiendo presentado un panorama general, es posible empezar a adentrarse en las particularidades de la experiencia de Dylan.

- **El Movimiento 19 de Abril**

Según el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP, 2009), el Movimiento 19 de Abril (M-19) empieza a formarse en el seno de la Alianza Nacional Popular (ANAPO), con un grupo de jóvenes antes militantes de otros movimientos como Las Farc o el Partido Comunista, críticos de la forma de lucha armada campesina a largo plazo promovida por las guerrillas de los años 60. En este sentido, uno de los elementos constitutivos de su génesis fue la vocación y localización (parcialmente) urbana, con una participación amplia de grupos civiles de distintos tipos y clases sociales, desde jóvenes hasta adultos, y de obreros a estudiantes universitarios. Con este enfoque, se dio luz a una iniciativa “más conectada con las expresiones urbanas de la sociedad colombiana y menos inspirada en los modelos internacionales” (CINEP, 2009, p. 49), específicamente los modelos de izquierda soviéticos, chinos o cubanos.

El nombre del grupo surge de un hecho histórico ocurrido el 19 de abril de 1970, a saber, el fraude electoral que frenó la carrera presidencial de Gustavo Rojas Pinilla, contra el candidato del Partido Conservador Misael Pastrana Borrero. Es a partir de este suceso que empiezan a materializarse las posturas de crítica social que terminan por crear la base del movimiento; porque “la Alianza [ANAPO] había recogido la oposición e inconformidad popular contra los dos partidos tradicionales y toda esa masa social sintió

que le habían robado las elecciones” (CINEP, 2009, p. 49). Después de algunos años de organización, el M-19 se da a conocer públicamente un 17 de enero de 1974, con el acto simbólico de robar la espada del Libertador Simón Bolívar de la Quinta de Bolívar, en el centro de Bogotá.

En lo que respecta a su forma de acción, y de manera concordante con las características de la génesis del movimiento, el M-19 tomó distancia de otras guerrillas como Las FARC o el ELN, como expone Luna (2006), en medida que no perseguía un proceso de revolución social complejo tendiente a prolongar una confrontación del tipo centro-periferia¹², sino una asociación de lo armado con la política. Es decir, a una acción de oposición tendiente a la “conciliación con las instituciones, con los partidos y movimientos políticos, [y] con los símbolos de una tradición de historia política” (p. 185). En este sentido, buscaba la consolidación de pactos, negociaciones en torno a la forma de gobierno, y la inclusión de la oposición en la democracia.

La propuesta comúnmente acogida del movimiento político-militar “partió de reconocer las condiciones de ‘opresión y miseria’ en las que se encontraba el pueblo colombiano, y defendió la concepción nacionalista y bolivariana, antiimperialista y antioligarquica, que predicaba la búsqueda de un ‘nacionalismo a la colombiana’” (CINEP, 2009, p. 50). A manera de síntesis, propuso una forma de revolución socialista, pero con un fuerte contenido nacionalista, buscando, “articular la acción armada con la escena

¹² Haciendo referencia a la forma de confrontación entre ruralidad y urbanidad protagonizada por las fuerzas del Estado y las guerrillas de los 60, que obligaban a los militantes a desafiarse completamente de la vida en sociedad.

democrática, asociada a intercambios con actores institucionales y sociales (Luna, 2007, p. 46).

Partiendo de esta iniciativa general y amplia, algunos de sus esfuerzos persiguieron la garantía de los derechos humanos en contextos barriales, ligados a las demandas de servicios públicos y vivienda digna (Holguín & Reyes, 2015), especialmente en las zonas de ladera (entre ellas la Comuna 20) que empezaban a sobrepoblarse en los años 70 a raíz de los fenómenos migratorios y la expansión urbana. También abogaron por la constitución de condiciones laborales más justas y medios efectivos para garantizarlas, por lo que buscaron vincularse al movimiento obrero para atacar la dirigencia sindical que era en muchos casos corrupta y “favorable a los patrones” (CINEP, 2009, p. 51). O buscaron avanzar hacia la posibilidad de generar mejores condiciones educativas para los estudiantes, y realizaban acciones como “la distribución de alimentos y juguetes en sectores marginados y escuelas públicas” (*Ibid*, p. 51).

Hablando particularmente de Siloé, como cuentan Holguín & Reyes (2015), “las estructuras urbanas del M-19 sostuvieron una intensa actividad comunitaria enfocada en asistencia directa a los pobladores en temas como el mejoramiento de las vías y servicios públicos básicos” (p. 60). En cuanto a las actividades concretas, además de la pavimentación vial, la recolección de basura y los arreglos de energía eléctrica, el movimiento realizaba marchas y bloqueos recurrentemente, y respondía de forma conjunta a las peticiones colectivas. Tal fue la consistencia y visibilidad de la acción en su auge, que el movimiento, legitimado por la comunidad e investido de autoridad, asumió en distintos ámbitos la responsabilidad que el Estado fallaba en asumir (*ibid.*, 2015). Dylan relata una realidad de este tipo cuando me comparte:

En esa época Siloé lo gobernaba era el M-19, gobernaba la loma, no dejaba subir la autoridad ni nada. Era solo poseída por el M-19, el que iba a subir allá tenía que saber que era hasta cierta hora (minuto 11, audio 4).

Para cerrar la contextualización, un último elemento distintivo del movimiento al que vale la pena hacer referencia, es la forma de abordar la lucha social desde los aspectos simbólicos y afectivos. La apuesta del Eme era llamativa porque, como menciona Madariaga (2006), reivindicaba constantemente la alegría y el goce. De ahí la famosa frase de Jaime Bateman: “la revolución es una fiesta”. Se trataba de una “crítica metodológica, de lenguaje y estilo” (CINEP, 2009, p. 53) a la forma de resistir, donde se exaltaba “el amor, la modestia, la tradición libertaria de nuestros antepasados, la hermandad latinoamericana, los símbolos patrios” (*ibid.*, p.53), en contraposición a la retórica izquierdista predominante que enfrentaba constantemente las clases sociales.

Lo que produjo esta particularidad en la forma de lucha es, como se mencionó, un carácter integrador de dinámicas y grupos sociales característico del movimiento, que es importante para entender el efecto que pudo ejercer en los militantes. Como se verá a continuación, la pertenencia al Eme tuvo implicaciones personales para muchos, más allá de lo político y lo referente a la militancia, y esto va a resonar en la experiencia de Dylan.

- **Identidad colectiva y resignificación de la experiencia**

Madariaga (2006) concluye en un estudio con exmilitantes que el M-19 fue “una experiencia determinante para la personalidad de quienes la vivieron, debido especialmente a la construcción colectiva que tuvo lugar en el contexto del grupo” (p. 115). Reflexionando sobre los testimonios, apunta que los miembros reconocen con frecuencia el efecto que

ejercía la pertenencia en su construcción de identidad personal. Algunos reivindican cambios en la forma de concebir las relaciones sociales, familiares o de pareja, que toman nuevas formas a la luz de los ideales políticos. Así, en lo que respecta al Eme, asuntos como “la maternidad y la paternidad, el conflicto entre el discurso y la práctica, entre otros temas, se inscribieron dentro de un proyecto que pretendía llegar a todas las esferas de la vida” (*ibid.*, 2006, p. 119).

La pertenencia o militancia, consecuentemente, no era una acción motivada únicamente por el interés político o material, sino una experiencia de relaboración profunda de las vivencias particulares de los miembros, que se llevaba a cabo en comunidad. En términos teóricos, este tipo de relacionamiento va a dar paso a la constitución de una identidad colectiva, que implica “reconstruir al ser individual alrededor de una identidad nueva y valorada” (Friedman & McAdam, 1992, como se citó en Madariaga, 2006, p. 121), y va a permitir el acogimiento de un nuevo conjunto de actitudes, comportamientos e ideales con un sentido social transformador.

La identidad permite el movimiento conjunto hacia un fin, con el que se identifican en grupo, y puede ser entendido como el sentido de la pertenencia. Este, en tanto es asumido personalmente por cada militante, comprende una manera de englobar las demandas particulares que, vía resignificación, permiten el proceso identificatorio que da lugar a la militancia. A su vez, en la elaboración personal, cada sujeto político en construcción moviliza a los que se construyen en torno suyo, en medida que la acción política nunca se asume como meramente individual, “sino como un proceso que mantiene un poder colectivo y comunicativo” (Sánchez, 2021, p. 136). El lugar de afirmación propio que cada militante expresa desde su identidad en sus procesos relacionales, tiene un efecto

simbiótico sobre otros, que constantemente se repiensen y resignifican, favoreciendo la organización colectiva, como se mencionaba en el marco teórico, en la búsqueda de realidades concordantes con los significados políticos convergentes.

A raíz de su experiencia en el M-19, los miembros pueden haber encontrado nuevas formas de interpretar su pasado, sus inconformidades, y formularlas en demandas; y, como se ha venido desarrollando en este análisis, dicha formulación es posible únicamente a partir las experiencias particulares que marcan la vida de cada persona y configuran formas de valorar el contexto en que se desenvuelve.

Los discursos y conjuntos de significado que se han venido desglosando en el relato de Dylan, son el producto de una abstracción actual y, como tales, son expresión vigente del sujeto político constituido. Son, si se quiere, el resultado final (actual) de un proceso de resignificación hecho en distintas etapas de su desarrollo vital, donde se incluye naturalmente el marco de significados al que tuvo acceso en su experiencia como militante del M-19.

Lo que aquí se aproxima es que el sentido general, relacionado con el fin transformador del movimiento, produjo en la identificación con el colectivo un ideal de cambio social amplio, que va a abarcar las demandas particulares emanantes de sus experiencias con la educación y el trabajo. En la forma del sujeto, pertenecer y participar en el Eme se entiende como un acto político en medida que, a partir de ese ideal, concordante con lo que se definió en la teoría, se afirma desde una posición particular en su contexto sociohistórico y ejerce un efecto en la sociedad. En otras palabras, cumple un rol social y político, que deviene en proceso identificatorio.

Una cita de Dylan importante en lo que representa ese ideal amplio dice:

La motivación mía era también el ideal, el pensar, tener mis ideales de que podía estar ahí. Un anhelo de que hubiera un gran cambio en el país, (...) oportunidades para todos. Esa era la lucha de nosotros: paz, pan y trabajo (minuto 20:00, audio 4).

Lo que persigue en la militancia es un *gran cambio*, donde haya paz y oportunidades para todos y, dicho cambio, incluye la transformación de condiciones sociales que para él han sido difíciles o dolorosas, como se expusieron en lo referente a la educación y el trabajo. En términos concretos, ese cambio es posible con la propuesta identificada y entendida por él en los momentos anteriores a su afiliación como: *“cambiar el sistema de gobierno”* (minuto 2:50, audio 4).

En su discurso sobre la educación, puede que la militancia en el Eme y la observación de sus formas de acción barrial, hayan contribuido a relaborar algo de su experiencia dolorosa primero, al entender que no era lo que *tenía que ser*, sino el resultado de una mala práctica educativa y, segundo, al formular un *deber ser*, puesto en términos de condiciones de armonía y paz para que cada niño desarrolle *“su inteligencia”*. Como él lo recuerda, una de las propuestas del movimiento en su génesis hacía énfasis precisamente en la importancia de educar, en consignas del tipo: *“hoy es un fusil, mañana es un lápiz”* (minuto 20:45, audio 4). Y, más adelante, la naturaleza de la relaboración se denuncia en un fin último adherido a lo educativo, cuando me comparte la reflexión de que *“los jóvenes son la semilla de la lucha y la revolución”* (Minuto 57:00, audio 7).

En lo referente al trabajo, específicamente al conflicto antes expuesto entre su forma de experimentarlo y las oportunidades disponibles en la sociedad desde el lugar de afirmación *no participante*, puede haber sucedido una relaboración de un orden parecido. Solo que, en este caso, el *deber ser* da lugar a una crítica de las dinámicas laborales comúnmente aceptadas en sociedad como reguladas por una normativa en principio transgresora de “*los derechos humanos*”. Este concepto, ampliamente utilizado en los discursos del M-19, no toma profundización en la narración de Dylan, pero parece instaurarse como un argumento fuerte en el trámite (vía validación) de la dificultad de integración, producto de su forma de socialización. En algún momento me dice:

Tiene que ser todos los días la rutina, la rutina, la rutina. Entonces esas rutinas van matando al ser humano, porque es una rutina que usted va cogiendo, entonces eso mata. Esa es una violación de los derechos humanos, porque lo vuelven como máquina (19:15 audio 7).

Tanto el contenido como la forma en que lo expresa, responden al reconocimiento de condiciones laborales injustas en su experiencia personal, pero se relacionan con la lógica de pensamiento del discurso antioligárquico promovido por el movimiento. Uno de los rasgos característicos de dicha lógica, era puesto constantemente en acción en la confrontación con la empresa privada que, como se vio en el capítulo anterior, Dylan también va a definir como objeto de crítica y confrontación, en medida que representa el grupo de la sociedad que posee la riqueza y, paralelamente, ostenta el lugar de *socio*.

En la particularidad del M-19, el discurso se transformaba en acción cuando desplegaba operativos de distintos tipos contra los empresarios, se tomaba asambleas sindicales y buses transportadores de obreros para distribuir propaganda, asaltaba firmas de

valores, robaba armas, o mostraba apoyo a las huelgas atacando los bienes de las empresas; un ejemplo prototípico es la quema del bosque de eucalipto de Cartón Colombia un 30 de enero de 1978 para secundar al sindicato (Holguín & Reyes, 2015).

Además de estas dos dimensiones, Dylan también muestra ideas compartidas con el movimiento referentes al nacionalismo: *“Yo no me voy de mi país porque quiero mi país, es donde he vivido, así sea pobre. Sé que hay corrupción y mafia, pero es mi país”* (minuto 29:14, audio 3). Y parece compartir similitudes con argumentos referentes a la necesidad de la lucha, que fue promulgada en el primer boletín público del M-19 como una lección: que *“(…) las conquistas populares solo serán duraderas y definitivamente respetadas por las oligarquías en la medida en que esas conquistas estén respaldadas por el poder de las armas en manos del pueblo mismo”* (CINEP, 2009, p. 50). En palabras de Dylan:

Nunca habrá paz porque siempre están buscando armar un grupo para hacer violencia, o formar un grupo para que los puedan escuchar. El gobierno escucha es cuando ya se alborota un pueblo, entonces tratan de escucharlo, tratan de embolatarlo. Dice: ‘sí, lo vamos a escuchar a usted’ y mentiras, después se olvidan. Así actúan todos los gobiernos, no solo en este país sino en todas partes. Recuerdo en Chiapas, cuando salieron a protestar los zapatistas, o en Nicaragua (37:57 audio 4).

Lo importante a observar de este ejercicio de asociación, es la relación de relaboración que sucede en el tránsito de la experiencia como militante. No es posible desde el ejercicio reconstructivo plantear una dirección y un orden precisos en el que suceden los procesos de resignificación, pero se entienden como un diálogo constante que va dando forma a las demandas constituyentes del sujeto político en su contexto situado.

- **De la desafiliación institucional a la afiliación guerrillera**

En lo que va de este apartado, se han tratado las cuestiones referentes al proceso de resignificación de la experiencia y construcción de la identidad ocurridos en interacción con las dinámicas y discursos del M-19. En lo que queda, es importante tratar los aspectos relativos al momento de la vinculación, que dan luz sobre la forma de decisión y, más específicamente, cómo juegan las experiencias personales en el proceso de afiliarse a una organización extrainstitucional.

Dylan recuerda el momento de la decisión de ingresar al M-19 de la siguiente manera:

Yo decidí entrar porque había un hermano mío que también entró, mi hermano Chucho. Él me dijo: ‘ve, vamos a meternos con ellos mire que [...] se ven las marchas, se ve la masa, vamos’ y yo le dije: pues vamos (minuto 10:40, audio 4).

Como se ve, la decisión es espontánea, no parece ser premeditada, ni producto de un razonamiento ordenado. Esta forma de vinculación guarda similitud con la expuesta por Holguín & Reyes (2015) en su estudio con miembros del M-19, y la describen como común en lo que llaman segunda y tercera generación de militantes, que “no tuvieron carreras políticas extensas antes de ingresar a la organización” y cuya vinculación “se dio de una forma menos explícita que la primera, y por lo general se articularon a trabajar en problemas concretos de las comunidades” (p. 57).

Una posible explicación a la tendencia, tiene que ver con la laxitud del movimiento en el reclutamiento. Madariaga (2006), cuenta que “mientras para ingresar a las Farc o el ELN era necesario pasar varias pruebas, demostrar la capacidad y el compromiso e incluso ganar el derecho a tener un fusil, el M-19 se caracterizó por su informalidad y flexibilidad

en este punto” (p. 117). Esto, en conjunto con la cercanía a la urbe, las estrategias publicitarias y las marchas masivas, hacía del Eme una posibilidad siempre abierta donde podía vincularse cualquiera que le llamara la atención o se sintiera identificado.

Por otro lado, hacía de la participación un ejercicio compatible con la vida personal de los militantes, en medida que no era obligada la desafiliación completa de las dinámicas sociales. En la experiencia de Dylan esto también era importante, y cuando me habla de su forma de militar, me dice: *“yo me uní porque la situación estaba muy mala. Pero yo trabajaba y en el tiempo que me quedaba libre yo iba”* (10:01, audio 4).

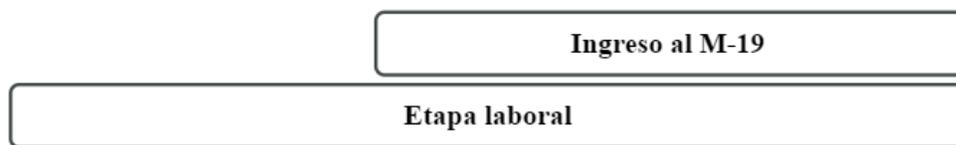


Figura 3: ingreso al M-19

El asunto con esta espontaneidad es que no dice mucho sobre las razones de entrada al movimiento, pero, ahí donde se enuncia que *“la situación estaba muy mala”*, se deja ver una forma de pensamiento que es base para indagar en los antecedentes de la decisión. Antes que al momento situado de la vinculación, es entonces necesario prestar atención a los elementos que la predispusieron, en diálogo con los hitos personales que se han venido retomando en la reconstrucción.

En un primer plano, aparece la inconformidad expresada en múltiples ocasiones en la narración como un elemento constitutivo de la identidad de Dylan, que se ha expresado en acción política. Me dice:

Yo he admirado las marchas y las protestas, he sido un inconforme en la vida, porque he estado siempre al frente de las marchas y las protestas. Desde que tengo uso de razón voy a las marchas, llevo mi bandera. Me gusta [...] así me toque dormir en la calle, quedarme en la plaza, uno ahí se queda. Es mi forma de ser (25:19 audio 3).

El propósito detrás de salir a protestar tenía que ver con las condiciones de vida precarias de su barrio. Cuando me habla de las marchas con antorchas que organizaba el Eme me dice:

La mayoría de la gente apoyó al M-19 (...), porque había muchas cosas que reclamar, los derechos, la situación como estaba, mucha pobreza, el carro de la basura no subía ni a la loma (...), en la calle había montones de basura (minuto 19:43, audio 3).

Estas condiciones, como se mencionó, eran precisamente las que el movimiento buscaba atender en Siloé y otros barrios marginales; esa relación directa con las necesidades del contexto cargaba la acción colectiva de sentido y llamaba la atención. Por la misma vía también fue un móvil de Dylan, no explicitado en el momento de la decisión, pero presente en su juicio de la “*muy mala*” situación en que vivía.

Esta inconformidad que predispuso la decisión encuentra un correlato en las particularidades del proceso de entrada a sociedad de Dylan. En este punto es importante retomar a Arnett (1995), que define como uno de los objetivos fundamentales de la socialización la internalización de sentido, como la capacidad de acoger e interiorizar significados del sustrato común de la sociedad. El sentido internalizado, es el que permite

interpretar el mundo desde un marco compartido de creencias en torno a preguntas como el origen de la vida, la vida después de la muerte (creencias religiosas), las relaciones familiares, la pertenencia a una nación, el logro personal, entre otros.

Lo que aquí se hipotetiza es que la desafiliación institucional, producto de la coyuntura del trauma y la subsecuente socialización con escasa participación de las figuras de autoridad, puede haber dificultado en Dylan esa internalización y, contrariamente, favorecido el acogimiento de un sentido social en los ideales de un proyecto político extrainstitucional y transformador, como el M-19, con especial cercanía a su contexto cotidiano.

Este efecto puede deberse a dos razones. La primera es que, al socializarse desafiliado de la institucionalidad comúnmente aceptada, de manera similar que sucedió con la aceptación de las formas de trabajo formal, no haya interiorizado a profundidad algunos de los conjuntos de normas que rigen el comportamiento común en sociedad. El comportamiento común, comprende límites erigidos en la socialización que moldean el juicio en la observación de conductas reprobables, indeseables o incluso atemorizantes, de lo que significa transgredir la ley. En un caso alternativo, esos límites pueden no tener el mismo sentido o aceptación, ser más propensos a traspasarse en la particularidad del contexto, o ser desvalorizados en virtud de comportamientos alternativos propios de iniciativas con un mayor o más próximo valor social.

En sus primeras impresiones sobre el M-19, Dylan me manifestó haber pensado:

El M-19 me simpatizaba por las formas de pensar de la comunidad. Me impactó mucho cuando decían que había que quitarle a los que tenían mucho dinero y traer

acá y repartir remesa a la gente. A mí eso me parecía bien porque era compartir los bienes que tenían esas personas, aunque no fue mucho (30:11, audio 4).

En su juicio valorativo, una acción como quitarles a unos para darle a otros no es interpretada desde un marco institucional común, sino desde el lugar de afirmación producto de su experiencia personal y el contexto en que vive. Lo que para unos puede ser interpretado como robo, para Dylan es en este caso una conducta llamativa y con sentido social, porque prima el beneficio inmediato proyectado en su comunidad. Lo interesante es que, más que una conducta deliberadamente transgresora, el tono da la impresión de genuinidad, como si el juicio se correspondiera con una moral y forma de entender la norma que se expresan naturalmente, lo que da cuenta de los significados interiorizados.

La segunda razón tiene que ver con la búsqueda de valorización en un proyecto social amplio, que ofrece una inclusión. Parte de la importancia de la interiorización de significados, tanto como de los comportamientos necesarios para asumir roles sociales, es que permiten la entrada al grupo, que retribuye al individuo valorizándolo y cargándolo de pertenencia. En este sentido, la entrada que es parcialmente negada a Dylan en el momento del trauma y la subsecuente desafiliación, particularmente a la sociedad de *socios*, puede haber encontrado vía en el M-19, donde va a cargarse de afectos y sentimientos de valía. Esta reflexión está estrechamente relacionada con el trámite del anhelo social que se mencionó en el capítulo anterior, y se va a observar a detalle en el capítulo siguiente, a través de su testimonio sobre los momentos próximos y siguientes a la desarticulación del movimiento.

- **Posibilidad de acción política en el M-19**

Independientemente de la consciencia o espontaneidad de la decisión, lo cierto es que Dylan va a encontrar en el M-19 una posibilidad de desplegar algunas de sus búsquedas y demandas referentes a lo social y personal. En algún momento, le pregunté por qué cree que decidió vincularse a un movimiento que, por más que flexible, era también regido por normas y jerarquías definidas. A esto me respondió que en el Eme cumplía porque “*era la motivación mía*” y “*era consciente de las cosas*” (minuto 0:00, audio 6). Lo que esto muestra en una primera instancia, es que la afiliación como proceso identificadorio, movilizó afectos que le permitieron encontrar en la práctica un motor genuino de acción política. En algún momento, hablando de sus motivaciones en el Eme, me comparte:

Cuando usted reclama los derechos puede mejorar un poco su vida, no es que vaya a mejorar del todo porque la vida no está llena de maravillas, hay desigualdad también. Hay plata mal repartida, mucha gente que tiene mucho dinero, exceso de dinero, y acumulan riqueza, y nunca se fijan en la gente, pagarles un salario justo, un salario digno. Esa es la guerra de clases que siempre ha habido en el país (39:14, audio 4).

En su discurso, muestra una comprensión de lo social que propone una mirada de conflicto, donde se despliega una identificación con un grupo que reclama sus derechos, que asume una lucha social, y una confrontación con otro que acumula riqueza, y es de alguna forma responsable por la carencia del primero: “*nunca se fijan en la gente, (...) pagarles un salario digno*”.

Lo que aquí se juega se ha venido desarrollando a lo largo del análisis. En el primer apartado se habló de la posición afirmadora que adoptaría Dylan, caracterizada por una crítica a lo representativo del lugar de *socio*, y la inconformidad inherente al lugar de *esclavo*, que va a favorecer la búsqueda de transformación o emancipación vía lucha social. Y, en el segundo, se expuso en términos afectivos y simbólicos lo que pudo implicar esa contraposición: la renuncia a la materialización de un anhelo, y la reafirmación en una forma de vida y trabajo profundamente política, que enuncia el encuentro con un lugar propio.

Lo que aparece a partir de su militancia en el M-19, es la posibilidad de acción política a través de un proyecto social amplio que implica todo un proceso de producción de sentido, dando paso a la afirmación, como diría González Rey (2021 como se citó en Díaz Gómez, 2021b), de la condición de sujeto. Ahí donde Dylan habla de la “*guerra de clases que siempre ha habido en el país*”, enuncia el reconocimiento de un conflicto histórico, con efectos actuales, en el cual es capaz de ubicarse y tomar partido, a raíz de las experiencias difíciles y enriquecedoras que caracterizan su vida.

Lo que se quiere decir, es que su acción política en el movimiento tiene como motivación o motor, un sentido social erigido tanto de la posibilidad de integración, como de las experiencias socializadoras que lo han definido a lo largo de su vida. La forma de ubicarse, pensar el escenario, identificar las partes, entender los efectos y, consecuentemente, actuar como sujeto político, es producto de múltiples procesos experienciales, elaborativos y re-elaborativos en su vivencia histórica, como se ha venido exponiendo. Las preguntas que, si se quiere, abren la discusión del cuarto y último apartado del análisis, tienen que ver con cómo se manifiesta esa forma de subjetivación y acción de

cara a la desarticulación del Eme, y qué pueden decirnos sus reflexiones en retrospectiva sobre el entendimiento de su proceso constitutivo.

IV. Pensamientos en torno a la desarticulación del M-19 y vida actual

La reconstrucción de los momentos próximos y siguientes a la desarticulación del M-19 son, naturalmente, la última sección del discurso de Dylan. En su observación, terminan de dibujarse algunas de las hipótesis planteadas en el transcurso del análisis, y aparecen expresiones de significado que permiten redondear las apreciaciones hechas sobre la construcción del sujeto político.

El momento situado es recordado por él de la siguiente manera: *“cuando mataron a Pizarro ya la cosa se desvinculó, cada cuál cogió su rumbo”* (minuto 31:32, audio 4). Y, cuándo hace referencia a su posición frente al suceso, en relación con sus compañeros, me cuenta: *“yo seguí allí hasta que ellos se reinsertaron. Seguían siendo amigos míos, algunos aún trabajan en salud pública, no sé si otros en el Dagma o ya se han retirado”* (minuto 17:20, audio 4).

En algún momento también me cuenta que, seguida la desarticulación del movimiento, en el marco de un acuerdo de paz, el gobierno ofreció beneficios para quienes accedieran a desmovilizarse. Entre estos se contaban taxis, tierras para sembrar o construir galpones, oportunidades de trabajo, entre otros. Lo que es característico de la posición de Dylan, es que decidió categóricamente no acceder a ningún programa, y tomó distancia de cualquier forma de institucionalizar la iniciativa política del Eme.

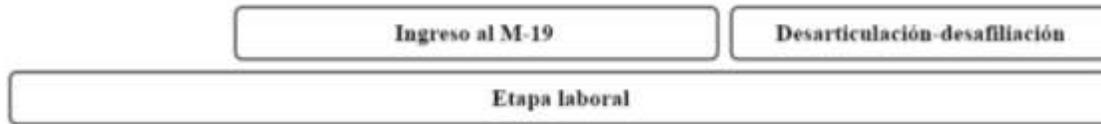


Figura 4: desafiliación del M-19

Cuando indagué en el motivo de su decisión, me expresó razones de dos tipos. Las primeras relacionadas con el hecho que militaba en el movimiento por lo que él en otros momentos describió como una motivación genuina y desinteresada: *“mi ideal era seguir una lucha, sin nada a cambio”* (minuto 31:00, audio 4). De forma detallada, hablando de sus tareas como militante, lo cuenta de la siguiente manera:

“[lo hacía] solo porque me salía del corazón que tenía que salir a ese lugar, lo hacía sin necesidad de dinero, desinteresado de que me diera el gobierno nada, ni que me diera un taxi, ni de que me dieran nada. Lo hacía como punto de apoyo para que ellos surgieran y el que estaba ahí también surgiera” (minuto 28:40, audio 4).

Este conjunto de razones, es concordante con los expresados por otros militantes que, particularmente, manifestaron no tener interés de protagonismo o conocimientos avanzados sobre lo que representa la lucha social o la izquierda. En vez de esto, lo que prima es una motivación por “sentirse reconocido y valioso”, por querer hacer antes que “sentirse comprometido en un discurso ideológico” (Holguín & Reyes, 2015, p. 53). En el caso de Dylan, es también concordante con la naturaleza de su proceso de socialización y su experiencia de vida que, como se introdujo en el capítulo anterior, puede haber favorecido la inserción en búsqueda de una valorización no encontrada en el lugar *no participante*.

El segundo tipo de razones es un poco más difuso, y se relaciona con la desvalorización y desconfianza de lo que implicaba el paso a la institucionalidad, alimentadas por la observación de la experiencia de otros exmilitantes. En una ocasión me dice: *“yo no creía tanto en esas cosas porque mire, a más de uno le dieron taxis, pero yo no sé qué pasó, algunos lo vendieron...”* (minuto 25:44, audio 4). Y, en otra, me cuenta:

A mí nunca me interesó nada de eso, no me ha interesado nada de las cosas que me han ofrecido. Eso se vuelve también a veces... En esa época hubieron desaparecidos, hubieron muertos. Recuerdo un compañero, Jorge, que le dieron tierras para galpones y lo desaparecieron a los dos meses (minuto 24:08, audio 4).

Más allá del contenido literal de su testimonio, que se expone a manera de introducción, para dar interpretación al conjunto de razones que dio lugar a su decisión y, si se quiere, posición actual frente a lo político, vale la pena profundizar en lo que significó la salida del Eme. Como se verá, las implicaciones simbólicas y afectivas, son producto de su proceso de construcción como sujeto, que se ha venido desarrollando a lo largo del análisis, en relación con las experiencias que reconstruye y dan lugar en la actualidad a una posición de añoranza frente a lo que representó la pertenencia al movimiento.

- **La añoranza de un proyecto posible**

Cuando me expresa su postura sobre la desafiliación al movimiento, Dylan me comparte estas palabras:

“Hoy inclusive he visto amigos que son del M-19 y dicen ‘no eso ya pasó’ pero a mí me parece que puede haber una historia; porque con lo que vivió el M-19 casi tuvo el poder en las manos, con el robo de la espada de Bolívar, el robo del Cantón

norte, la toma de las armas, la toma del Palacio, la toma de la embajada de la República Dominicana y otros golpes...” (minuto 7:50, audio 4).

Lo que se ve, en primera instancia, es una toma de posición diferencial frente a la forma de pensar de sus compañeros, que dejaron lo vivido en el pasado. Para él, contrariamente, hay “*una historia*” en sentido que, en su interpretación, la consecución del ideal expresado en términos concretos fue casi un hecho. Hay, en este sentido, una reticencia a olvidar, y aparece una alta valorización del recuerdo como un móvil con vigencia actual.

La postura que Dylan de alguna forma reconoce en sus compañeros, es un resultado muy posible de los procesos de desarticulación de los movimientos de guerrilla. Desde la mirada de Castro (2001), sucede ante una inminente resignificación y transformación de la identidad que se construye en la pertenencia al movimiento. Explica que, en el proceso identificatorio de la lógica de confrontación de la lucha, es fundamental la identificación del enemigo o contraparte, erigida como un constructo abstracto y simbólico, aunque tenga un referente real. Cuando termina la confrontación o se produce una reinserción a sociedad, ese constructo se desdibuja, y desaparece el referente afectivo que operaba como elemento cohesionador de las identidades. Lo natural a esta desaparición, es que ya no haya nada que sostenga el vínculo, las relaciones se deterioren paulatinamente y se produzca el desplome, llevando a un nuevo paso a la vida civil que obliga la reconstrucción identitaria.

Por su parte, Madariaga (2006) explica que la resignificación individual que implica el proceso de reinserción, pasa del reconocimiento propio como un actor colectivo (inserto en una identidad colectiva), con fuerza importante en el contexto social, a ser “una persona cuyo destino individual tiene poco impacto en el país o el mundo” (p. 129). La forma en que se asume esta resignificación va a determinar, consecuentemente, el nuevo lugar de

afirmación que permite la valoración del movimiento en el ejercicio evocativo, así como la toma de posición sobre la realidad actual.

Para algunos, como explica la autora en su trabajo con testimonios, la salida también es interpretada como la posibilidad de “una nueva libertad” (Madariaga, 2006, p. 129), a la que se había renunciado en el colectivo. Lo que puede emanar de esa posibilidad interpretativa, es una nueva forma de vida donde el exmilitante siente que vive para sí mismo en vez de otros, y retorna a la vida común desde una postura más individual. Para Dylan, sin embargo, esa posibilidad de individualización no parece ser tan clara, en medida que, desde el recuerdo, sigue remitiéndose a la identidad precedente, como miembro, que hasta el día de hoy lo define.

La particularidad de Dylan, expresa una toma de posición frente a su contexto sociohistórico que ya no puede ser completamente desplegada en acción política, dada la circunstancia desafortunada de desarticulación del movimiento. Lo que en algún momento, a través del apoyo, permitía un movimiento de lucha social hacia la realización de un cambio que, como se vio, engloba también sus convicciones particulares, cesa de existir, constituyendo una posición de añoranza y obligando la búsqueda de nuevos medios. Dicho en otras palabras, lo añorante de la posición radica en la reminiscencia identificatoria de la posibilidad pasada que, independientemente del juicio sobre su viabilidad actual, no quiere ser dejada de lado.

En su dimensión afectiva, Dylan expresa la añoranza de la siguiente manera: *“me da nostalgia. Porque todo se va acabando, llegar a una unión, un empuje, una revolución, y luego acabarla. Una negociación y se acabó, y ya...”* (minuto 8:50, audio 5). Esa nostalgia, ha sido descrita en militantes que han retornado a la vida civil como resultado de

la memoria de la intensidad con que se vivían los lazos en sus movimientos, que difícilmente puede ser reencontrada en las rutinas cotidianas (Castro, 2001).

En el contexto particular del Eme, una emocionalidad similar ha sido entendida como producto de la interacción en un marco colectivo de significación donde el afecto pasa por la posibilidad de “ser parte de una familia de combatientes” (Madariaga, 2006, p. 126). Y por esto lo que sigue de la desafiliación es, si se quiere, una situación de “orfandad” en quienes rememoran al movimiento como un colectivo en donde aún residen vínculos emocionales significativos (*ibid.*, 2006, p. 129).

Esto tiene que ver con el hecho, como se esbozó en el capítulo anterior, de que:

“Las organizaciones políticas no se conforman únicamente a partir de posiciones ideológicas o intereses políticos” sino que también “se juegan casi siempre sentimientos compartidos, búsquedas identitarias (...) y necesidades emocionales que encuentran su espacio en esa construcción colectiva que las modela y configura a la vez que es transformada por ellas” (Madariaga, 2006, p. 121).

Lo que aquí se hipotetiza es que, para Dylan, la posición de añoranza también responde al recuerdo de una pertenencia que, desde los vínculos sociales, le permitió responder a la necesidad emocional de sentirse parte, al menos parcialmente, de una forma de familia. Lo que dice en relación con las experiencias personales del trauma que se han venido reconstruyendo e interpretando, es que la militancia pudo, en cierta medida, permitirle afirmarse en un lugar de inclusión donde las creencias y afectos negativos en torno a la posibilidad de pertenecer encontraron una forma de tramitarse. Es decir, que durante el tiempo que militó en el Eme e hizo parte de sus dinámicas relacionales, pudo haber

experimentado sensaciones positivas en lo que implica pertenecer a un grupo con afectos familiares, donde se sintió reconocido y valorizado, a través de lo que describe como “*unión*”.

Esta forma de satisfacción de las necesidades emocionales que se plantea como posibilidad, es también si se quiere profundización de lo que en el capítulo anterior se definió partiendo de la teoría de Arnett (1995) como búsqueda de sentido y valorización en el proyecto extrainstitucional. La posibilidad de cargarse de sentimientos de valía en la entrada al grupo, responde al trámite de la carencia erigida en el momento de la desafiliación originaria, poniendo de manifiesto la relación entre su experiencia particular y su proceso de afirmación como sujeto político en un marco de acción colectiva.

Aquí vale la pena retomar la pregunta sobre la decisión de Dylan de no acceder a los beneficios de la reinserción, de la que surgen dos respuestas posibles: la primera, más próxima al conjunto de razones que prioriza el interés de apoyo genuino sobre el lucro, tiene que ver con el hecho que el incentivo para militar era, como se hipotetizó, de un orden profundamente afectivo. Es posible que la pertenencia lo cargara de valor y sentido desde lo emocional porque le permitía sentirse parte de un lugar vincular de afectos familiares, ayudándole a tramitar la carencia que, se presume, fue erigida en el momento de su desafiliación en doble vía institucional y familiar.

El movimiento psíquico de desplazamiento que relega el anhelo social a la función imaginativa, que se introdujo en el capítulo anterior, encuentra también una expresión en lo que respecta a la desarticulación del Eme. Lo que Dylan no pudo lograr en la participación del colectivo, dada la disolución del movimiento, aparece en la proyección sobre la posibilidad de tener descendencia en los siguientes términos:

Debí haber regado mi semilla para los hijos que van a llorar en esta tierra del futuro. Debí haber tenido hijos, para que sean un ejemplo de la vida, de la lucha
(minuto 39:38, audio 7).

Desde una interpretación posible, los hijos que no tuvo representan en su imaginario la posibilidad de dar continuidad al proyecto que en su vida actual ha dejado de ser posible, y se mantiene latente en la añoranza. Naturalmente, dada la naturaleza de la reconstrucción, que da cuenta de un sujeto político actualmente construido, no es posible establecer un orden en la aparición del movimiento psíquico. Lo que es importante observar en relación con lo que se viene desarrollando, es que añorar, tanto como soñar, responde a la posibilidad de tramitar y vivir los significados que en su vida se han constituido como dolorosos en la *no pertenencia*, en el ejercicio evocativo, imaginativo y creativo, ya que desde su experiencia no tienen cabida en lo real.

La segunda respuesta, tiene que ver con lo que representa y ha representado en su vida el reencuentro con lo institucional. Ahí donde se expresa la desconfianza en la institución alimentada por las experiencias de sus compañeros con los beneficios de la reinscripción, se expresa el malestar, ya ampliamente discutido, frente a la posibilidad de participar de las dinámicas comúnmente aceptadas en la sociedad desde el lugar *no participante*.

Lo que pudo haber sucedido en la pertenencia al movimiento, es un empoderamiento sustentado en el colectivo, que experimentaba circunstancias similares de exclusión e inconformidad. Esta es, precisamente, la forma de asociación que da vida al concepto arendtiano de “subjetividad de los excluidos” que se esbozaba en el marco teórico (Sánchez, 2021, p. 144), como aquella que emerge entre aquellos que carecen de un espacio

público en el cuál aparecer. Hay una subjetividad divergente, que en el proceso de construcción de identidad colectiva da luz a actos de resistencia y organización social alternativos.

El proyecto extrainstitucional al que perteneció Dylan no era cualquier proyecto, en sentido que no era cualquier grupo, sino específicamente el grupo que estaba desde lo simbólico para cuestionar al Otro que significaba la confrontación. En otras palabras, era el sustrato de sentido colectivo erigido de la posición de exclusión de la cual también hacía parte, estrechamente relacionado con sus vivencias particulares, y que permitía el despliegue en acción política de sus formas de afirmarse en sociedad y saberse distinto.

Partiendo de esta interpretación, es posible pensar que un retorno a lo institucional, como ha sido descrito en otros trabajos, significara también una pérdida de poder, en cuanto se pasa “de luchador por un ideal” a “tener que acomodarse a las rutinas, las formas y exigencias de la cotidianidad como cualquier ciudadano” (Castro, 2001, p. 157). En el caso de Dylan, el ejercicio de poder que apareció en lo extrainstitucional, difícilmente podía continuarse en el marco de las normas comunes de la sociedad, de las cuales se ha encontrado desde lo simbólico y afectivo históricamente desafiliado, como se ha venido desarrollando.

A manera de síntesis de las dos respuestas, lo metafórico es que, una vez más, aparezca en la subjetividad el conflicto entre lo que representa la inclusión a lo institucional y la inclusión a lo familiar. Cuando el M-19 se desplaza al campo de acción y significación institucional donde a Dylan le ha sido negado desenvolverse, debe desafiliarse de manera categórica, renunciando también a la participación que desde lo relacional lo ha cargado de afectos familiares.

- **La forma (política) de actuar**

Queda, para finalizar, hacer un último esfuerzo de caracterización sobre lo que es Dylan hoy como sujeto político constituido. Naturalmente, el desarrollo de lo que aquí se hipotetiza como una posición anhelante, debe entenderse como una expresión de subjetividad que tiene formas de desdoblarse en acción, aunque quizás limitada, y no como una anulación de la capacidad de agencia. Lo más importante, quizás, a decir sobre esto, es que la decisión de no inserción en lo institucional que siguió a la desvinculación del Eme, también lo reafirma en un lugar de afirmación característico que se ha venido dibujando en el análisis.

De forma similar a lo que sucede con su postura frente a lo laboral, la determinación de mantenerse en su individualidad como un sujeto en cierta forma anhelante del movimiento de guerrilla, expresa la convicción política de lo que considera es la forma adecuada de luchar por sus ideales. Su afirmación, categóricamente distinta de la de muchos de sus compañeros, aparece como un acto de resistencia en oposición a lo que, desde la crítica, la desconfianza y la desvalorización cree que representa el paso a lo institucional.

Esta es la capacidad práctica de las asociaciones propias de la subjetividad que describen Díaz et al. (2019), o el “camino de subjetivación particular” que genera espacios propios que expone González Rey (2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a, p. 27). La agencia aparece ahí donde es capaz de enunciarse en un lugar característico en su contexto sociohistórico, que es producto de las convicciones erigidas de sus experiencias en la infancia, juventud y adultez. En su pensamiento, en sus palabras, en su forma de vivir,

Dylan representa una forma de concebir y ejercer la lucha social que lo constituye, generando un efecto en su medio.

Desde ahí ha encontrado formas cotidianas y genuinas de agenciarse, que le han merecido el cariño y respeto de muchos pobladores en Siloé, que lo conocen como “El Artista”. Hoy su hogar, donde tiene sus pinturas y banderas del Eme, es lugar de visita por los caminantes que llegan al barrio en los proyectos llevados a cabo por los líderes sociales, y que tienen como fin transformar la imagen de violencia e inseguridad que ha caracterizado la Comuna.

Cuando fui a visitarlo por primera vez, encontré que estaba alojando a una madre soltera con su hijo, que había quedado momentáneamente sin hogar y, en otra ocasión, debimos interrumpir nuestra sesión porque tenía el compromiso de llevar a un vecino discapacitado a su control médico. Asiste a las marchas organizadas en el barrio, apoyó durante el Paro Nacional del 28 de Abril a los manifestantes denominados como primera línea, y produjo para la memoria histórica un cuadro hoy exhibido en el museo popular de Siloé alusivo a la incursión policial violenta que dejó varios jóvenes muertos la noche del 3 de mayo del 2021.

Estos son solo ejemplos de las múltiples formas en que se puede expresar la subjetividad política que va más allá, como se definió en el marco teórico (González Rey, 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a), de lo que encaja en la categoría estándar de temas políticos en un sentido moderno. Dylan es sujeto en tanto se expresa desde la acción en su lugar diferenciado, y es ejemplo de resistencia y lucha social no solo por su historial de militancia, sino también por su *rebeldía* en un sentido amplio, que le ha permitido tramitar las experiencias dolorosas y las oportunidades negadas, en impulso y motor de

transformación social. Este trabajo, si se quiere, es también producto de esa disposición, que ha expresado en el valor de reconstruir y compartir su experiencia.

Conclusiones: síntesis de la perspectiva diacrónica

Quizás vale decir, como conclusión fundamental de este trabajo, que es mucho lo que se puede concluir del análisis de vida de un solo sujeto. La experiencia de significación continua que da lugar a la subjetividad, está cruzada por sucesos particulares, escenarios sociales, condiciones históricas y dinámicas de diversa naturaleza que influyen en cada individuo, haciendo de él un correlato vivo de su vivencia y su contexto. Al estudiar a Dylan se estudia una época, un barrio, un movimiento político, una forma de trabajo y resistencia, solo por nombrar algunos aspectos.

En lo que se refiere a la inquietud particular de este trabajo, el mayor aprendizaje del análisis es que la subjetividad política desdoblada en sujeto, emerge en cada individualidad de un proceso identificador donde juegan vivencias particulares, gratificantes y dolorosas, procesos de significación y resignificación, afectos tramitados y contenidos, recursos psíquicos y formas de adaptación, entre muchos otros elementos relativos a la experiencia situada, en estrecho diálogo con lo social.

La acción política traducida en pensamiento, discurso y expresión, no es únicamente producto de un ejercicio racional que inicia y culmina en el momento presente, sino más bien consecuencia de un proceso identificador, con implicaciones simbólicas y afectivas no siempre conscientes, que se lleva a cabo en todas las etapas del proceso vital, y configura maneras de pensar-se y situar-se en el mundo, en relación con otros en un contexto sociohistórico particular. Como se mencionó en la introducción, *lo político es*

siempre profundamente personal. Detrás de cada actor político hay una historia, detrás de cada acto un sustrato subjetivo, que no pueden ser reducibles a un patrón sociológico, aunque haya tendencias evidenciables en el análisis histórico.

Por ende, no es posible alcanzar una comprensión profunda de la acción política, menos del proceso de construcción del sujeto que la despliega, sin remitirse a las particularidades que dan lugar a la subjetividad. La mirada general, estadística, observante de la tendencia, fundamental para comprender lo social desde una óptica sociológica, debe entonces encontrarse en constante diálogo con la indagación en la individualidad, para dar lugar a interpretaciones más completas y próximas a lo real. Aquí radica la importancia de la multidisciplinariedad que se planteó como reto epistemológico en las primeras páginas de este trabajo.

En el seno de este diálogo, el análisis del relato de vida de Dylan se llevó a cabo en dos niveles, uno de corte más superficial y amplio, relativo a la naturaleza del proceso de socialización, y otro más profundo, que trajo a la discusión las experiencias personales y la forma de vivirlas, entenderlas y tramitarlas. De aquí se plantearon distintas hipótesis y surgieron conclusiones tentativas.

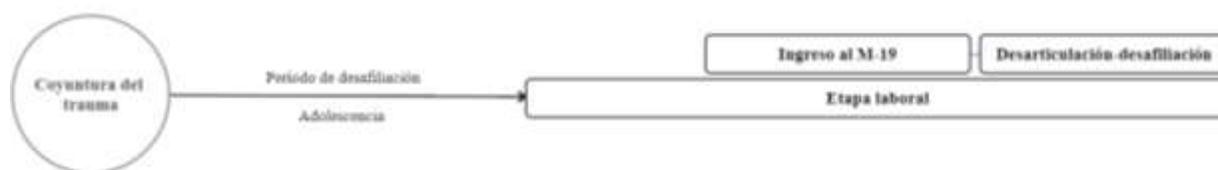


Figura 5: mapa de la perspectiva diacrónica

En lo referente a la infancia y las ideas en torno a la Educación, se evidenció una construcción simbólica de los lugares de *socio* y *esclavo*, como producto en primera

instancia de una forma de socialización excluida o desafiada. Pero, consecuentemente, se entendió dicha construcción a la luz de su correlato experiencial que tuvo profundas implicaciones afectivas, en la coyuntura del trauma. La comprensión general mostró como el proceso de entrada en sociedad probablemente estuvo cruzado por creencias limitantes o negativas en torno a sí mismo, que favorecieron un lugar de afirmación *no participante*.

Aquí aparecen dos conclusiones. La primera es que, en el estudio del proceso de construcción del sujeto político, es fundamental el período de desarrollo primario, donde se erigen identificaciones y significados fundamentales para la experiencia subjetiva posterior¹³. Más aún, es importante prestar atención a la posibilidad del trauma como elemento incidente que, como se mencionó, es un suceso común y probable en todo proceso de desarrollo. La segunda es, como ya se ha identificado en otros estudios (Vargas, Gonzáles & Hernández, 2009; Solorzano, 2011) que los procesos de afiliación y desafiación de lo institucional propios de la forma de socialización y las vivencias particulares, determinan maneras de ubicarse y afirmarse en el mundo, que deben ser indagadas si se quiere comprender la acción del sujeto que expresa una subjetividad social y política.

El período de desafiación que siguió a la coyuntura del trauma, como se vio, favoreció una forma de resolución del conflicto adolescente particular y dio paso al inicio de la etapa laboral. Quizás no sobra decir que una forma de socialización que aparece como excluida, no determina una interpretación a priori negativa, o una forma de sujeto que deba concebirse como fallida, sino que abre nuevas posibilidades de identificación, concordantes

¹³ En el estado del arte se hace referencia a otros estudios que se preocupan por esta especial importancia del período de desarrollo primario o infancia, por nombrar algunos: Alvarado, Ospina & Gómez (2013); Granados, Alvarado & Carmona (2017); Granada & Alvarado, (2010).

con las vivencias pasadas. La experiencia de Dylan sirve para observar cómo las particularidades de la experiencia dan lugar a subjetivaciones idiosincrásicas, y presenta al sujeto como uno en continuo movimiento, transformación y elaboración, en relación con su medio. Por esto se entendió a la subjetividad en el marco teórico como un conjunto de significados en constante construcción, que implica convergencias de sentido emanantes de situaciones particulares, dentro de un esquema que no es siempre predecible o lineal (Díaz Gómez et al. 2019; González Rey, 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a).

La observación de la particularidad, permitió también concluir, como se vio en la forma de vida y trabajo de Dylan, que el sujeto político puede expresarse desde la acción y el discurso en múltiples formas, y en ámbitos que no necesariamente se refieren a las categorías estándar de temas políticos en un sentido moderno (González Rey, 2021, como se citó en Díaz Gómez, 2021a). El sujeto es político y agente siempre que puede reconocerse en un contexto sociohistórico particular y, desde ahí, diferenciarse de otros.

En lo referente a la etapa de militancia, se planteó en un principio como antecedente de la afiliación la forma de socialización excluida, que favoreció el acogimiento de un sistema normativo con sentido social alternativo al comúnmente aceptado. Más adelante, se profundizó en la particularidad de la experiencia para proponer que dicho acogimiento también denunciaba una búsqueda de valorización concordante con las necesidades emocionales de Dylan, la posibilidad de pertenecer y cargarse de afectos familiares.

La conclusión fundamental, soportada en el diálogo con la experiencia de otros militantes, es que los movimientos políticos con ideales sociales, en este caso el M-19, propician desde la integración dinámicas identificatorias tendientes a producir en los participantes procesos re-elaborativos de la experiencia pasada, que desembocan en el

acogimiento de sentidos colectivos, la formulación de demandas, y la movilización en búsqueda de satisfacerlas.

Adicionalmente, los procesos identificatorios cobran sentido en el reconocimiento colectivo de vivencias y significados compartidos, y el efecto simbiótico que ejerce cada participante sobre los demás en el despliegue subjetivo de su lugar de afirmación. En el caso de Dylan, esto se discutió desde las formas posibles de asociación emanantes del concepto arendtiano de “subjetividad de los excluidos”, como aquella que emerge entre aquellos que carecen de un espacio público en el cuál aparecer (Sánchez, 2021, p. 144).

Lo que permite en este caso el análisis del relato de vida, es una mirada de cerca de las implicaciones afectivas de la militancia, que van más allá de la orientación teleológica, y tienen la posibilidad de nutrir a cada sujeto favoreciendo el trámite de necesidades emocionales, ejerciendo a la vez un efecto positivo sobre la elaboración del pasado y la experiencia vital cotidiana.

Finalmente, como solo puede ser consecuencia, la desafiliación que sigue de los procesos de desarticulación de los movimientos, obliga la posibilidad de pensar en una situación de orfandad como resultado de la caída del vínculo cargado de afectos profundos y sentido colectivo. La posición que adopta cada militante es, naturalmente, una cuestión solo observable en la particularidad, que va a dar lugar a nuevas formas de afirmación y expresión de la subjetividad política desdoblada en sujeto.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. (2004). El adolescente y la libertad. En A. Aberastury, & M. Knobel, *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico* (págs. 15-28). México : Paidós Educador.
- Alvarado , S. V., Ospina Alvarado, M., & Gómez, A. (2013). Del sujeto moral al sujeto político. Algunas pistas epistemológicas y metodológicas para indagar por la constitución de subjetividades políticas en la primera infancia. En C. Piedrahita Echandía, Á. Díaz Gómez, & P. Vommaro, *Acercamientos metodológicos a la subjetividad política: debates latinoamericanos* (págs. 101-119). Bogotá: Clacso.
- Alvarado Salgado, S. V., & Ospina Serna, H. F. (2006). Las concepciones de equidad y justicia en niños y niñas: desafíos en los procesos de configuración de la subjetividad política. *Revista Colombiana de Educación*(50), 198-215.
- Alvarado, S. V., Patiño, J. A., & Loaiza, J. A. (2010). Sujetos y subjetividades políticas: el caso del movimiento juvenil Álvaro Ulcué . *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 855-869.
- Arias Vargas, V., Gonzáles López, L. E., & Hernández Guevara, N. (2009). Constitución de sujeto político: historias de vida política de mujeres líderes afrocolombianas. *Universitas Psychologica*, 8(3), 639-652.
- Arnett, J. J. (1995). Broad and Narrow Socialization: The family in the context of a cultural theory. *Journal of Marriage and the Family*, 57(3), 617-628.

- Bautista, G. V. (2008). Capítulo 2: de objetualización a subjetividad. En G. V. Bautista, *La construcción social del sujeto político femenino* (págs. 45-62). Mexico D.F.: Miguel Ángel Porrúa.
- Benítez, M. L. (2006). El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia. *Revista Sociedad y Economía*(10), 157-188.
- Benítez, M. L. (2007). El reconocimiento de sí mismo en los militantes del M-19. *Revista Sociedad y Economía*(13), 44-65.
- Berger, P., & Luckmann, T. (1968). La sociedad como realidad subjetiva. En P. Berger, & T. Luckmann, *La construcción social de la realidad* (págs. 164-227). Madrid: Amorrortu.
- Bertaux, D. (1993). La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades. En J. M. Marinas, & C. Santamaría, *La historia oral: métodos y experiencias* (págs. 149-173). Madrid: Debate.
- Bertaux, D. (2005). La perspectiva etnosociológica. En D. Bertaux, *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica* (págs. 15-35). Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Carvajal, G. (1993). Segunda parte: etapas y crisis. En G. Carvajal, *Adolecer: la aventura de una metamorfosis. Una visión psicoanalítica de la adolescencia*. (págs. 45-91). Tiresias.
- Castañeda, G. (2018). Maltrato escolar, práctica pedagógica y lenguaje. *Enunciación*, 23(2), 162-179.

- Castro, M. C. (2001). *Del Ideal y el Goce: lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá D.C: Universidad Nacional de Colombia.
- CINEP. (2009). En M. García-Durán (Ed.), *De la insurgencia a la democracia: estudios de caso* (págs. 43-107). Bogotá D.C: Berghof Research Center for Constructive Conflict Management.
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones de diseño metodológico. *Psykhe*, 17(1), 29-39.
- Cruz Cruz, S. A. (2020). Del fusil a la palabra. Subjetividad política y formación: exploraciones con algunos excombatientes de las FARC-EP. *Tesis de pregrado*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Díaz Gómez, Á., Carmona Marín, O. L., & Montañez Holguín, M. (2019). Capítulo 2. En Á. Díaz Gómez, O. L. Carmona Marín, & M. Montañez Holguín, *Formación de sujetos políticos desde una experiencia de educación para la paz* (págs. 25-33). Pereira: Editorial UTP.
- Díaz, M. (1988). Socialización, Sociabilización y Pedagogía. *Maguaré*(6-7), 11-26.
- Ferraroti, F. (1993a). Sobre la autonomía del método biográfico. En J. M. Marinas, & C. Santamaría, *La historia oral: métodos y experiencias* (págs. 121-129). Madrid: Debate S.A. .
- Ferraroti, F. (1993b). Sobre las biografías como método analítico e interpretativo . En J. M. Marinas, & C. Santamarina, *La historia oral: métodos y experiencias* (págs. 129-149). Madrid: Debate.

- Follari, J. E. (2014). Hacer una historia de vida: decisiones clave durante el proceso de investigación. *Athenea Digital*, 14(3), 129-170.
- Gómez, Á. D. (2021c). Pensar el método en los procesos de investigación en subjetividad. En Á. D. Gómez, *Subjetividad Política. Entrevistas* (págs. 81-105). Bogotá: Editorial Aula de Humanidades.
- Gómez, Á. D. (2021b). Subjetividad y subjetividad política. Entrevista con el psicólogo cubano Fernando Gonzales Rey. En Á. D. Gómez, *Subjetividad política: entrevistas* (págs. 43-59). Bogotá: Editorial Aula de Humanidades.
- Gómez, Á. D. (2021a). Subjetividad: una perspectiva histórico-cultural. Conversación con el psicólogo cubano Fernando Gonzales Rey. En Á. D. Gómez, *Subjetividad política: entrevistas* (págs. 19-43). Bogotá: Editorial Aula de Humanidades.
- Gómez, Á. D. (2021d). Un horizonte para pensar la subjetividad política desde Hannah Arendt: entrevista a Cristina Sánchez Muñoz. En Á. D. Gómez, *Subjetividad política. Entrevistas* (págs. 133-148). Bogotá: Editorial Aula.
- Gómez, J. (2012). Influencia del maltrato físico y psicológico en el desarrollo de la autoestima en niños de la institución educativa primaria 40052, Buenos Aires de Cayma, Arequipa, Perú. *Comuni@cción*, 3(1), 45-57.
- Gonzales Rey, F., & Patiño Torres, J. F. (2017). La epistemología cuantitativa y el estudio de la subjetividad en una perspectiva cultural-histórica. Conversación con Fernando Gonzales Rey. *Revista de estudios sociales*, 120-127.
doi:<https://doi.org/10.7440/res60.2017.10>

- Granada Echeverry, P., & Alvarado, S. V. (2010). Resiliencia y sentido político en niños y niñas en situación de calle. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1(8), 311-327.
- Granados Ospina, L. F., Alvarado-Salgado, S. V., & Cardona-Parra, J. (2017). El camino de la resiliencia: del sujeto individual al sujeto político. *Revista Internacional de Investigación en Educación*, 10(20), 49-68.
- Granados, L. F., Alvarado, S. V., & Carmona, J. (2017). El camino de la resiliencia: del sujeto individual al sujeto político. *Revista Internacional de Investigación en Educación*, 10(20), 49-68.
- López-Soler, C. (2008). Las reacciones postraumáticas en la infancia y adolescencia maltratada: el trauma complejo. *Revista de psicopatología y psicología clínica*, 13(3), 159-174.
- Lozano, M. C., & Alvarado, S. V. (2011). Juicios, discursos y acción política en grupos de jóvenes estudiantes universitarios de Bogotá. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1(9), 101-113.
- Madariaga, P. (2006). "Yo estaba perdida y en el Eme me encontré". Apuntes sobre comunidad, identidad y género en el M-19. *Controversia*(187). Obtenido de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100920093601/art05emeControversia>
ntro URL
- Mejía Navarrete, J. (1999). Técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. *Investigaciones Sociales*, 3(3), 223-256.

- Monteagudo, J. G. (1996). Las historias de vida. Aspectos históricos, teóricos y epistemológicos. *Cuestiones Pedagógicas*(12), 223-242.
- Moreno Martínez, V., Perdomo Ramirez, G. L., Rojas Sánchez, S. Y., & Torres Muñoz, J. (2015). Relación entre la construcción de sujeto político y liderazgo: dos historias de vida. *Tesis de pregrado*. Bogotá: Universidad de La Salle.
- Ospina Alvarado, M. C., Alvarado Salgado, S. V., & Fajardo Mayo, M. A. (2018). Subetividades políticas en la primera infancia en contextos de conflicto armado: Narrativas colectivas de agencia. *Psicoperspectivas*, 2(17), 1-13.
- Portillo, M. (2015). Construcción de ciudadanía a partir del relato de jóvenes participantes del #YoSoy123: Biografía, generación y participación política. *Global Media Journal*, 1-18.
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*(9), 127-158.
- Reyes Sanabria, M. Á., & Holguín Pedroza, J. A. (2015). Generaciones militantes y accionar colectivo del Movimiento 19 de Abril, Cali-Colombia 1974-1985. *Testimonios*(4), 45-64.
- Salvador, M. (2009). El trauma psicológico: un proceso neurofisiológico con consecuencias psicológicas. *20*(80), 5-80.
- Simkin, H., & Becerra, G. (2013). El proceso de socialización. Apuntes para su exploración en el campo psicosocial. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 24(47), 119-142.

- Solorzano Castillo, I. L. (Agosto de 2011a). Capítulo III. El antes: la incorporación al movimiento guerrillero y sus significados. En I. L. Solorzano Castillo, *Identidades múltiples y sujetos políticos: significados y experiencias de vida de excombatientes de la guerrilla guatemalteca* (págs. 88-111). México D.F.: Flacso México.
- Solorzano Castillo, I. L. (2011b). Capítulo IV. El durante y la dotación de sentido. En I. L. Solorzano Castillo, *Identidades múltiples y sujetos políticos: significados y experiencias de vida de excombatientes de la guerrilla guatemalteca*. México D.F.: Flacso México.
- Tello, N. (2005). La socialización de la violencia en las escuelas secundarias. *Revista Mexicana de investigación educativa*, 10(27), 1165-1181.
- Yubero, S. (2004). Socialización y aprendizaje social. En I. Fernández, S. Ubillos, E. Mercedes, & D. Páez, *Psicología social, cultura y educación* (págs. 819-844). Prentice Hall.

